REPERTORIO AMERICANO
CUADERNOS DE CULTURA HISPANA
Tomo XLVI San José, Costa Rica 1950 Lunes 30 de Agosto No. 16
Año XXX — No. 1115

SAN MARTÍN, genio moral

Por *Germán BERDIALES*

(En *La Prensa* de Buenos Aires. Mayo 28 de 1950).

Armoniosa lección de patriotismo

Toda la vida de San Martín es una permanente, continuada, ininterrumpida armoniosa lección de patriotismo; del más puro, del más bien entendido, del mejor inspirado patriotismo. Pensamiento y acción, hechos y doctrinas, relaciónanse y compleméntanse en su larga y fecunda existencia.

Abandona su brillante porvenir en el ejército español para acudir en auxilio de la patria esclava y pobre, y exhorta enérgicamente a sus conciudadanos: "No es suficiente el sacrificio de nuestras fortunas; es preciso oblar nuestro sosiego, nuestra existencia misma".

Arráncase a las dulzuras del hogar recién constituído para lanzarse a los campos de batalla, y declara vehementemente a los cuyanos:

—Mi vida es lo menos reservado que poseo; la he consagrado a vuestra seguridad; la perderé con placer por tan digno objeto.

Hace oídos sordos a los ataques de la maledicencia ambiente para no perturbar la obra revolucionaria, y comenta irónicamente en la intimidad:

—Después que llamé la reflexión en mi ayuda, hice lo que Diógenes: zambullirme en una tinaja de filosofía y decir: "todo esto es necesario que sufra el hombre público para que esta nave llegue a puerto".

Desobedece al gobierno nacional para dar la independencia a otros países americanos, y exclama exaltadamente a la faz del tribunal de la historia: "El amor a la patria me hace echar sobre mí toda responsabilidad si contribuyo a salvarla, aunque después me ahorquen. Ante la causa de la América está mi honor; yo no tendré patria sin él, y no puedo sacrificar un don tan precioso por cuanto existe en la tierra. No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americana".

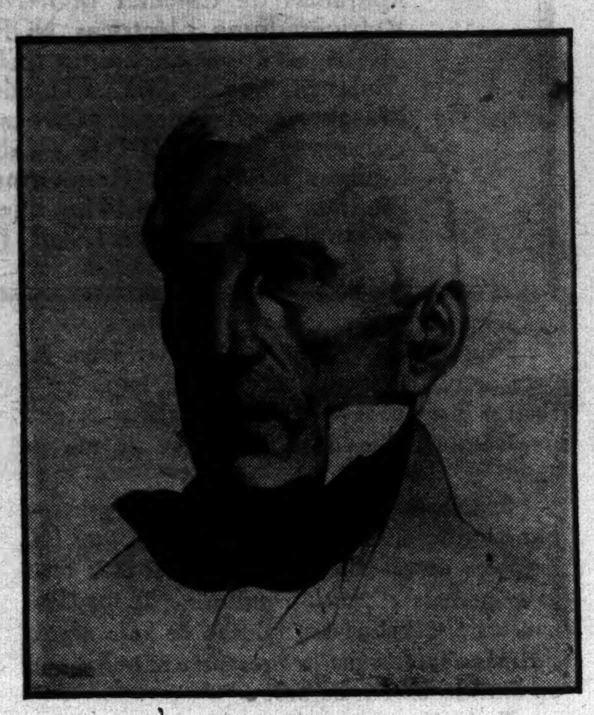
Renuncia al mando supremo de un Estado para dejar paso al émulo afortunado, y manifiesta moderadamente a los hombres que le deben así dos veces su libertad:

—La voz del poder soberano de la Nación será siempre oída con respeto por San Martín como ciudadano del Perú, y obedecida y hecha obedecer por él mismo como primer soldado de la libertad.

Trunca su carrera de gloria para hundirse en la oscuridad y la soledad del ostracismo, y arenga melancólicamente a sus soldados:

—Buscaré en el retiro el seno de la paz, y cada día que abrace a un viejo soldado del ejército libertador, recibiré la más dulce recompensa de todos mis trabajos.

Y, por último, envaina su sable para no teñirlo con sangre de hermanos, y lamenta vi-



San Martín
(Dibujo de *Eduardo Alvarez*)

*

rilmente al oído de su compañero y amigo el general O'Higgins:

—A la verdad, cuando uno piensa que tanta sangre y sacrificios no han sido empleados más que para perpetuar el desorden y la anarquía, se llena el alma de desconsuelo...

Su fuerte sentimiento humanitario

San Martín, desde el victorioso estreno de sus armas en suelo americano hasta que las envaina para marchar a Europa, está siempre poseído de un fuerte sentimiento humanitario que pone de manifiesto en cuanta ocasión se le presenta propicia; véanse algunas:

Al pie del parte de la acción de San Lorenzo da cuenta, en una nota, de que el comandante de la escuadra enemiga le ha enviado un oficial parlamentario con el ruego de que le vendiese carne fresca para poder alimentar a sus heridos "y en consecuencia —dice llanamente— he dispuesto se facilite media res, exigiéndole antes su palabra de honor de que no será empleada sino con ese objeto".

No lleva un mes en el gobierno de Cuyo, cuando acoge con fraternal generosidad a los chilenos, recientemente vencidos en Rancagua. Con emoción cuya sinceridad la hace contagiosa, relata el patético suceso en estas líneas:

"Concebí al momento el conflicto desolador de las familias y desgraciados que emigrarían a salvar la vida, porque fieles a la naturaleza y a la justicia se habían comprometido con la suerte de su país. Mi sensibilidad intensísima supo excitar la general de todos los generosos hijos del pueblo de Mendoza, de manera que con la mayor prontitud salieron al encuentro de esos hermanos más de mil cargas de víveres y muchísimas bestias de silla para sus socorros. Yo salí a Uspallata, distante treinta leguas de Mendoza, en dirección a Chile, a recibirlos y proporcionarles personalmente cuantos consuelos estuviesen en mi posibilidad".

Cuando llega a Chile, al frente del Ejército Libertador, se apresura a tranquilizar, con bonhomía admirable, a los pobres de espíritu que claudicaron ante el opresor; así les dice, comprensivamente: "No es de nuestro juicio entrar en el examen de las opiniones; conocemos que el temor y la seguridad arrancan muchas veces las más extraviadas contra los sentimientos del corazón".

Después de Chacabuco y de Maipú, al proponer el canje de prisioneros, expresa en un oficio al enemigo: "La guerra, bajo cualquier aspecto, es un mal que se agrava por la rigidez o demasiada austeridad de los que desgraciadamente se ven estrechados a hacerla".

Y con motivo de la última resistencia que aún se le ofrece en el sur del país, invita al jefe español a cejar en su desesperada estéril lucha: "Nada honra más a un general —son sus elevadas consideraciones de entonces— que conservar su serenidad en los peligros y arrostrarlos cuando hay probabilidad de vencer; pero nada eclipsa su nombre como el derramar inútilmente la sangre de sus semejantes".

Ya en camino del Perú, incita a sus soldados a acreditar "la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, donde quiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio contra los opresores"; afirma que "no busca el campo de batalla sino cuando es preciso pasar por él para llegar al templo de la paz", y propone a su contendor, el virrey Pezuela: "Hagamos la guerra con humanidad, ya que hasta aquí no hemos podido hacer la paz sin contrariar los principios de los gobiernos libres de América".

En plena ratificación de tales conceptos, y al poner sitio a Lima, accede a que se introduzcan en la ciudad los víveres necesarios para el consumo de la población, circunstancia que aprovecha para declarar que "no hace la guerra a los pueblos ni es su intención que los habitantes de la capital sufran los efectos de un mal que no han causado". Y aún más: llega a admitir, como fiel y decidido mantenedor de aquellos principios, que hasta los combatientes enfermos alcance el beneficio acordado, "pues, al fin, estos soldados en su estado dejan de ser mis enemigos".

La misión específica del soldado

San Martín vive en diaria, íntima comunión con sus oficiales y aun en contacto directo con la masa de sus soldados. Acércase familiarmente a unos y otros para comunicar-

les, en persona y de viva voz, lecciones y ejemplos, por eso realmente valiosos, por eso imponderablemente fecundos...

Así, al crear el Regimiento de Granaderos a Caballo, establece la reunión periódica de los oficiales y cadetes, reunión que se celebra en su casa particular el primer domingo de cada mes y cuyo objeto es el de juzgar —con la garantía del mayor secreto— la conducta observada por cada uno de ellos, con sujeción al Reglamento que él mismo redactara a ese efecto.

Anota allí los catorce "delitos por los que deben ser arrojados los oficiales". Veamos las causas de expulsión que señala en primer término:

1. Por cobardía en acción de guerra, en la que aun el agachar la cabeza será reputado tal.
2. Por no admitir un desafío, sea justo o injusto.
3. Por no exigir una satisfacción cuando se halle insultado.

A las estipulaciones sigue este aserto: "Yo estoy seguro que los oficiales de honor tendrán un placer en ver establecidas en su cuerpo unas instituciones que los garanticen de confundirse con los malvados y perezosos"...

Quiere y le preocupa la dignificación de sus compañeros de armas, "sus muchachos", como suele llamarles paternalmente, porque a su entender sólo el hombre de honor y tenido por tal, logra consideración y preeminencia legítimas dentro de la sociedad.

Porque tiene tal convicción es por lo que, luego, al fijar en Cuyo su concepto acerca de la misión específica del soldado, lo hará con esta sentencia valedera para todos los tiempos: "La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta cuanto es creada para conservar el orden, afianzar el poder de las leyes y dar fuerza al gobierno para ejecutarlas y hacerse respetar de los malvados que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares..."

Su inflexible austeridad republicana

En todas las épocas de su prolongada existencia San Martín ajustó siempre su conducta a normas de inflexible austeridad republicana. Por eso, a raíz de antojadizas acusaciones, pudo desvirtuarlas en carta a Guido, con gallarda indignación: "Cinco años ha estado usted a mi lado; usted más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones, en fin, a todo lo que es aristocracia. Por inclinación y principios, amo el gobierno republicano y nadie lo es más que yo".

Puede decirlo y probarlo, pero como él ha desdeñado hacer esto último, lo haremos nosotros en su lugar.

Parco de palabra, rechaza terminantemente la vajilla completa de plata que a raíz de sus triunfos militares le obsequia en señal de agradecimiento el Cabildo de Santiago de Chile, y lo hace sólo con estas: "No estamos en tiempo de tanto lujo".

Metódico en la distribución de su tiempo, empieza sus jornadas, aun en lo más avanzado de su edad, con el primer albor del día, y las emplea de acuerdo con un orden fijado de antemano.

Frugal en las comidas, las más veces las hace de pie o sentado en una silla baja, en la cocina, que puede ser la de un palacio cuando por contingencias de la guerra es alojado en él.

Sobrio en el vestir, sólo por excepción y por exigirlo el decoro de los pueblos, luce lass insignias de sus altos mandos, pues él a tales galas prefiere el sencillo uniforme de los Granaderos a Caballo y su falucho de hule negro, sin más adarnos que la escarapela nacional con un sencillo broche de oro.

Y desde que se retira a Europa, lleva habitualmente levita color azul marino, pantalón de ese mismo color, pero algo más claro y, a manera de corbatín militar, un pañuelo de algodón a cuadros. ¿Puede haber más sobriedad?

Ajeno a comodidades, cambia su catre-cofre de campaña por una estrecha cama de hierro, en los tiempos en que, ya en su refugio europeo, escribe en una carta íntima: "Ha de saber, mi amigo —este amigo es don Tomás Guido— que con los 5.000 pesos anuales que me da la casa de Buenos Aires (1), soy el hombre más poderoso de la tierra, porque usted sabe que yo no tengo caprichos y porque usted no ignora que vivo con frugalidad".

Modesto en sus gustos, sabe imponerlos aun en la etapa postrera de su vida, en su habitación de Boulogne sur Mer, pues aunque en ella se adivinen los de su hija amorosa en las cortinas que adornan el lecho y las aberturas, en los cuadros que penden de las paredes y en el reloj y los candelabros de bronce que decoran la chimenea, los suyos saltan a la vista en el estilo simple de los muebles: esa mesa de escribir, ese velador, esa lavabo y esa vulgar camita de hierro pintada de color caoba...

Pero, sobre todo, está entero su carácter en ese costurero donde guarda, como en los días tan lejanos del cuartel, las agujas, los hilos y los botones con que atiende por sí mismo —el grande hombre que ha dado libertad a tres naciones— al cuidado de sus ropas.

Sí, está entero su carácter en ese costurero que ha dado origen a la siguiente conmovedora anécdota:

Cuéntase que cuando Mercedes, como lo hace en más de una ocasión, intenta con solicitud filial quitarle de las manos alguna prenda para remendársela, suele decirle con firmeza:

—Hija, te he dicho otras veces que no pretendas quitarme mis viejos y buenos hábitos de soldado...

Esforzado campeón de la unidad americana

A través de las selvas y las pampas, las montañas y los llanos nativos, en el área inmensa del continente entero, sentían el huaso de Chile, el cholo de Bolivia, el costeño del Perú, el llanero de Colombia, el gaucho de la Argentina, en la corriente de la sangre, en lo profundo del alma, como un instinto, como un mandato íntimo, la fraternidad americana.

San Martín erígese en campeón de ese ideal a la par de Bolívar, su émulo y continuador, y es así como, mientras lo mantiene en alto con su espada, lo define con los puntos de su pluma.

A raíz del desastre de Rancagua, afirma que los emigrados chilenos tienen derecho "a la hermanal hospitalidad y protección nuestra como partes del cuerpo sudamericano que habían proclamado su libertad política".

Después de la triunfal campaña de Chile, para tratar de reprimir las luchas intestinas que estallan por doquier, hace este llamamiento a uno de los caudillos díscolos: "Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos: divididos seremos esclavos; unidos estoy seguro que los batiremos; hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares, y concluyamos nuestra obra con honor: la sangre americana que se vierte es muy preciosa, y debía emplearse contra los enemigos que quieren subyugarnos; unámonos, repito, paisano mío: el verdadero patriotismo

(1) Después de diez años de campañas, los bienes del héroe estaban constituídos por la casa que cita, ubicada en la calle Bolívar número 11, y que le obsequiara el gobierno argentino en 1818; una chacra de 50 cuadras, que solicitó al de Mendoza en 1816, en el paraje conocido con el nombre de Los Barriales (las otras 200 cuadras que se le otorgaron en la misma ocasión las distribuyó entre quienes lo habían secundado); un terreno que comprara en la Alameda de la ciudad de Mendoza y una propiedad rural que le cediera el gobierno de Chile en 1817.

en mi opinión consiste en hacer sacrificios; hagámoslos, y la patria sin duda alguna es libre; de lo contrario, seremos amarrados al carro de la esclavitud".

Movido siempre por esta bella y grande ambición es que se decide, en aquellas horas de tremenda incertidumbre política, a desobedecer a su gobierno, que lo insta a repasar los Andes para que con sus fuerzas ahogue en sangre la insurrección; la repugnancia que le inspiran las luchas civiles y la necesidad de cumplir su misión libertadora, fortalecen su decisión de marchar hacia el Perú, arriesgándolo todo, porque "no hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americanas".

En tales días escapan de su alma estos acentos desgarradores:

"Mi partido está tomado. Voy a hacer el último esfuerzo en beneficio de la América. Si éste no puede realizarse por la continuación de los desórdenes y anarquía, abandonaré el país, pues mi alma no tiene un temple suficiente para presenciar su ruina.

"Si soy feliz en la empresa, como lo espero, me quedará el consuelo de dejar a la patria sin enemigos exteriores y de haber hecho cuanto ha estado en mis manos por su felicidad".

Y ya al frente de las legiones con que espera romper las últimas cadenas de la opresión extranjera, expone ante los pueblos el plan de la unidad americana que tanto lo ilusiona:

"Los tiranos serán arrojados de Lima —díceles— y el resultado de la victoria hará que la capital del Perú vea por la primera vez reunidos sus hijos eligiendo libremente su gobierno y apareciendo a la faz del globo entre el rango de las naciones. La unión de los tres Estados (Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y el Perú), acabará de inspirar a la España el sentimiento de su impotencia y a los demás poderes el de la estimación y el respeto. Afianzados los primeros pasos de nuestra existencia política, un congreso central compuesto de los representantes de los tres Estados dará a su respectiva organización una nueva estabilidad; y la constitución de cada uno, así como su alianza y federación perpetua se establecerán en medio de las luces, de la concordia y de la esperanza universal".

Y con noble exaltación concluye:

"Los anales del mundo no recuerdan revolución más santa en su fin, más necesaria a los hombres, ni más augusta por la reunión de tantas voluntades y brazos".

Amor por la libertad

Muchos y muy preciados títulos ha dado la historia a San Martín, pero ninguno hay que le cuadre mejor y que más pudiera haberle satisfecho que el de caballero de la libertad.

Su caballero andante fué, pues como alucinado por ella, como fascinado por su puro y divino resplandor, dejó tras sí en España sus amores e intereses: madre, hermanos, amigos, carrera, porvenir... Y así, desembarazado de toda impedimenta, voluntaria y completamente desnudo de lazos materiales y morales, y sólo asistido por esa fortísima, irresistible vocación que despertara entonces en su espíritu grande, volvió a América, la patria desconocida.

Tiene treinta y cuatro años: dos lustros de andanzas le esperan. Durante esos diez años y a través de centenares de leguas hollará las pampas, los Andes y el Pacífico para trozar las últimas cadenas...

Infatigable combatiente, sólo suelta la espada para proseguir la misma lucha con la pluma que, no menos enardecida, dejará en innumerables documentos expresivas y frecuentes pruebas de su nunca desmentido amor por la libertad. Todas sus sentencias, transidas por igual de severidad y ternura, esto es, de esencias genuinamente humanas, son espontáneos reflejos de un espíritu inclinado al culto de la virtud y al ejercicio de la meditación.

En Cuyo observa: "La libertad, ídolo de los pueblos libres, es aún despreciada de los siervos, porque no la conocen".

Ya del otro lado de la cordillera, aconseja: "Los ambiciosos y díscolos no son mejores enemigos (que los españoles): sostened el orden; con él afianzaréis la libertad, independencia y felicidad del hermoso Chile".

En el Perú exclama solemnemente: "El placer de un triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo lo produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos..."

Ante la anarquía que hace presa del país argentino, manifiesta con patriótico desaliento: "Veinte años de tristes y espantosas experiencias y veinte años en busca de una libertad que no ha existido, deben hacer pensar a nuestros compatriotas con alguna más solidez, y lo dificulto".

Lo dificulta porque, como lo dirá en otra ocasión, "para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que orgullo nacional; pero para defender la libertad y sus derechos se necesitan ciudadanos, no de café sino de instrucción, y por consiguiente capaces de sentir el intrínseco y no arbitrario valor de los bienes que proporciona un gobierno representativo".

En los años del destierro, concluído el ciclo de sus memorables hazañas, aún prosigue la siembra generosa; su antigua vocación por la libertad todavía le inspira párrafos tan encendidos como éste, referente a la intervención extranjera en el Río de la Plata: "Lo que no puedo concebir es el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española. Una tal felonía —anatematiza— ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".

Y como una enérgica rúbrica tiende su sable, finalmente, a los pies de la diosa a cuyo servicio vivió armado y alerta.

En el altar sagrado de la libertad deposita su sable el patriarca de Boulogne sur Mer.

Ironías a nombre de los Libertadores

(En *Rep. Amer.*)

El mundo latinoamericano ha estado informado —diríamos sobreinformado, porque es signo de cultura saberlo, al margen de toda propaganda— del esfuerzo que viene haciendo el gobierno de Perón para hacerse notar en la celebración del centenario de José de San Martín. El héroe sin tacha que el mundo latinoamericano ha respetado y respeta en su memoria, por la grandeza de su gesta y por la plenitud de su grandeza, tuvo la mala suerte de servir al cabo de cien años para la más insustancial demagogia de orden político que se viene realizando. No resistimos a escribir algunas palabras al margen del magno suceso que trata de glorificar al gran ciudaadno de América que es José de San Martín. Pero es menester que quede dicho para las generaciones futuras y para cuantos quieran leer estas líneas, que no encontramos coordinación o que nos parece una gran ironía el que se esté haciendo esta inusitada propaganad de la libertad, por la libertad y para la libertad por parte de un gobernante que ha cerrado muchas fuentes de expresión del pensamiento escrito como son los diarios y revistas argentinos que ya no circulan.

Sin duda la vida de San Martín corresponde a la posteridad y, como su gran jefe el Libertador Simón Bolívar, llevó muy cerca de su corazón la llama del civismo y pendiente siempre el pensamiento de la América Una. Dentro de este término, en que Bolívar realizó alguna etapa de sus sueños de libertad absoluta y de linaje heroico para estos pueblos americanos, San Martín fué elemento de gran relieve en aquella obra de conjugación de la soberanía de estos pueblos. Y como Bolívar, San Martín tiene que ocupar sitio de honor en la mente de los hombres de siempre en la eterna América. Pero entre todo esto, que es realidad de la grandeza de esos dos inseparables amigos en la batalla por la libertad y en las miserias de la gloria que les diera su heroísmo y su decisión y lo que se está tratando de hacer por el gobernante que no se ha detenido a meditar por un instante en todo eso que hizo y que fué San Martín antes de poner su mano a caminar la maquinaria de la propaganda para la celebración del centenario mil veces grande de este soldado de la libertad y de la verdadera democracia, nos parece una ironía sin medida.

Mientras se han cerrado diarios que no han tenido otro delito que el de no referirse a la labor de Perón en sus columnas, sin atacarlo generalmente, pero sí guardando silencio o reserva acerca de la demagogia referida, y mientras revistas de la condición de *Veritas*, que es sin duda un guión de realidad que ha dado prestigio a la Argentina, son también suspendidas porque no se avienen a citar a Perón y su obra de desbarajuste económico —suspendió por dos años la emisión de las estadísticas para establecer un nuevo signo de economía que no puede ser jamás científico ni justificado— se sigue adelante con la gran propaganda de la libertad, por la libertad y para la libertad tomando como pretexto el nombre insigne de San Martín. Seguimos pensando que esto es una ironía. Lo demás puede ser muy hermoso. Los gobiernos de todos los países en donde hay representación diplomática peronista tendrán que hacerse representar o asistir a los actos de unción cívica que se están preparando para el 17 de este mes de agosto, a fin de conmemorar el centenario de San Martín. Pero seguramente esa presencia oficial tendrá que ser la simplemente protocolaria, porque de realidad no hay nada en ello. La libertad está sacudida de modo violento en la hermosa República Argentina, la de Mitre y la de San Martín. La libertad ha perdido su sentido en la gran nación del Plata.

Decía Andrade y Cordero, ecuatoriano:

"Si queremos dar culto al Libertador de América, apartémonos del mito. Cerremos las puertas a la fábula. Huyamos de la versión fetichista, de la magia desnaturalizadora, de la mitología despreocupada. Y busquemos en nuestra realidad exacta la medida de su anhelo. Estudiemos los propósitos y alcemos el postulado frente a la rimbombancia y la cursilería. La exigencia, diariamente renovada, de mantener sus ideas. Humanicemos a Bolívar. Encontrémonos, descubrámonos en él. Combatamos con su intrepidez, por una realidad democrática sensata, sin frenesí".

Del mismo modo que lo arriba expresado, diríamos de San Martín. Traslademos estos pensamientos de Andrade y Cordero acerca de Bolívar para San Martín. Y dígasele a quienes están haciendo mito lo que es realidad, que no se cumple bien el propósito de honrar la memoria del gran libertador aherrojando el pensamiento escrito hasta el extremo de haber dejado reducida a una vergüenza para América el que las dos mayores columnas del periodismo de habla española como son *La Prensa* y *La Nación*, se vean precisadas a reducir al mínimo el número de sus páginas, pues si no se les ha cerrado totalmente, es porque sería demasiado hurgar en la conciencia libre de un pueblo como el argentino. De modo que todo eso que es una gran propaganda, debiera ser una gran realidad devolviendo a toda la prensa su derecho a hablar y a operar del modo que se hace en países de plena libertad y en los cuales no reside la seguridad de los mismos en cerrar las fuentes de la verdad sino en ser fieles a la verdad para estar por encima de la fuerza que llegara a tener una prensa independiente. Los países en donde hay prensa independiente, libre, decente, responsable, es porque hay gobierno o gobernante decente, responsable, respetuoso y está apoyado por el pueblo. El respaldo del pueblo no es el mismo que dan las armas.

Rubén HERNANDEZ.

San José, Costa Rica.
Agosto de 1950.

6 años de Revolución en Guatemala

Por *Alberto ORDOÑEZ ARGUELLO*
(En *Rep. Amer.*)

A seis meses de los próximos comicios, el pueblo de Guatemala experimenta el fenómeno más trascendental de su destino: va a decidir su posibilidad de madurar el movimiento revolucionario de Octubre o de saltar hacia atrás, retornando a la noche medioeval de la dictadura.

Si se aprecia este momento crucial con espíritu de espectador que mira rodar la escena desde una butaca imparcial, podremos establecer el balance de sus fuerzas positivas y negativas. Guatemala necesita, como nación, del ojo de águila del estadista que sepa aquilatar las esencias e incidencias de su pueblo. La revolución guatemalteca debe tener una raíz autóctona. Ha de profundizar en el humus de su tradición maya-quiché; ha de revivir los símbolos que quebrantó la conquista española con su imponderable crueldad y tomar de los nietos de Tecun-Umán y del Tonatiuh un sentido generoso hacia el indio como personaje central de la historia, defraudado por los regímenes encomenderos de las eminencias grises que han desfilado por la presidencia de Guatemala en los últimos cien años.

Las pretensiones dictatoriales en Guatemala de elaborar una política clásica de opresión con apariencias democráticas, resulta irónico que hayan encajado admirablemente, sin reproche alguno por parte de los grandes líderes de la democracia oficialista del continente, dentro del "benefactor" y complaciente sistema interamericano. La cacareada revolución barrista que aún levanta en el aire, como símbolo equívoco, esa jirafa esquelética de la Torre del Reformador, totem del liberalismo centroamericano que ha pasado a momificarse en los sarcófagos de la política trasnochada e insincera, sólo vivió en los códigos indiscutiblemente reformados porque lo que se plasmó en la sensibilidad popular fué la contradicción a las leyes de 1871: Se interpretó a la Revolución Francesa tratando don Rufino al pueblo con medidas terroristas. Solamente se destacará siempre, como realidad positiva de aquel movimiento, frustrado en lo sustancial, el hecho de que, por primera vez en Centroamérica, se estableció el divorcio entre el Estado y la Iglesia, obteniéndose el descoyuntamiento del poder político y económico ejercido colonialmente por las clerecías. Pero esos conquistas, sin embargo, han sido en gran parte anuladas por las puñaladas traperas asestadas en las espaldas del pueblo guatemalteco a través del entendimiento, mal disimulado, entre los escorialescos dictadores que detentaron el poder después de Barrios y la clerecía retardataria.

Desde luego, los orientadores de las doctrinas panamericanas habrían de ignorar el proceso falaz de la gestión gubernamental en el país donde los antiguos mayas habían sido obligados a enmudecer sometidos al imperio público del *Tata Presidente* respaldado por el *Tata Cura*, quien le predicaba en una lengua ininteligible. Bastaba para la "armonía continental" unos cuantos camisas pardas desfilando por las calles de la capital de Guatemala, mientras el hombre de la 14 Calle compraba bonos de guerra destinados a defender la Democracia a muchos miles de kilómetros.

Pero llegó, súbitamente, el amanecer de Octubre. Guatemala, al revolucionarse, ha marcado maravillosamente el paso que le indica su destino rector en relación con los demás retazos de la nación centroamericana. Aún más, ha realizado un viraje enrumbador en la historia de nuestro hemisferio. En simples seis años de gestión revolucionaria, está colmando las esperanzas de los pueblos angustiados que ven en el milagro de la liberación guatemalteca el ejemplo dinamizador de sus propios anhelos. Nunca como hoy se ha gritado en la plaza pública del Continente la verdad revolucionaria pregonada por Guatemala. En Chapultepec, en San Francisco y en Bogotá, representativos del poderío moral de este pequeño país han trazado una pauta de dignidad que conmueve al mundo, poniendo en ridículo las hipocresías y medrosidades de la clásica política de las componendas o de la barbarie imperialista que se ha estilado en América al extremo de merecer la burla de filósofos tan conservadores como Keyserling.

Toda esa obra positiva de la Revolución de Octubre, apenas citada arriba, se ha producido a través de las indispensables etapas de clarificación hasta lograr resultados dichosamente estabilizadores y de consolidación. No cuesta, pues, trabajo comprender cómo algunos hombres que se suponían revolucionarios no hayan resistido los efectos del poderoso reactivo de la Revolución. Cuánta filosofía brota de los incidentes y accidentes sufridos por la Revolución de Octubre; esa filosofía constituye un inapreciable capital político-histórico brindado por Guatemala a todos los pueblos de América.

Jamás se había ofrecido a este pueblo la oportunidad de aflorar sus esencias progresistas. Hoy vive Guatemala un despertar cultural que enfoca la tradición más genuina de la nacionalidad y supera la concepción arqueológica y archivera de su historia. Indudablemente, bajo la noche de la dictadura, ya el intelecto se fatigaba apuntando a los nuevos derroteros cuando se escribió *El Autócrata* . una novela del tipo de *El Señor Presidente*. Pugna-

ba el alma guatemalteca por parir el día angélico de su Revolución. Ahora, la elegancia del gobierno surgido al conjuro de aquel día le ha ofrendado a la Cultura el testimonio de exaltación más respetuoso al autonomizarse las labores universitarias y al dedicar al pueblo de las ciudades y los campos el primer planeamiento de alfabetización en la historia del país. Mientras la Universidad Carolina de Guatemala, bajo los auspicios del Gobierno de la Revolución, ha visto desfilar a la sombra de su docto alero las figuras más prestigiadas del pensamiento contemporáneo, al ciudadano humilde de las montañas y los valles ha visto surgir toda una floración de escuelas rurales aromando la infancia de los hombres de mañana. Para eso era necesaria la dirección maestra de un cerebro y un carácter moldeados al influjo de las aulas más culturalmente equipadas de este Continente, como es la del doctor Juan José Arévalo. Ahora que este grande hombre está en vísperas de dejar el poder, se puede anunciar que fuera del mando adquirirá perspectivas de volcán su presencia en la geografía política de América, puesto que las juventudes ven en él y en Lázaro Cárdenas el binomio orientador de sus luchas revolucionarias.

En Guatemala se ha llegado a vivir, por otra parte, el concepto bolivariano del ejército como parte del pueblo custodio de sus derechos. Es evidente que los militares conscientes, académicos o no, adversan la posibilidad de continuar frustrando su vocación sirviendo de manera incondicional y humillante a señores "indispensables" e "insustituibles". Esto representa una de las conquistas más reales y trascendentes de la Revolución de Guatemala, además de la capacidad del pueblo para organizar sus sindicatos laborantes en forma similar a los obreros y campesinos de otros países. Porque en la clerecía que ya no responde a los dictados cristianos socio-económicamente planteados por León XIII, y en el capital ultramontano que ignora aún las posibilidades de su propio crecimiento a través del ejercicio de la Justicia Social, el Ejército de la Revolución no podrá encontrar el asidero necesario para elevarse como institución modelo de conciencia ciudadana. Tenemos, pues, la sensación de que al antiguo trípode fatal: Iglesia anti-cristiana, Capital anti-popular y Ejército anti-progresista, le ha fallado ya el soporte más fuerte, que ha pasado a formar en las filas de la Revolución: el ejército que nació el 20 de Octubre y está, día a día, sublimando sus esencias instituciones.

En consecuencia, seis años de ímpetu revolucionario presentan en Guatemala un cuadro clínico en donde la opinión pública juega dentro de una libertad promisora de avances insospechables. Nunca los ágoras de Grecia estuvieron mejor representados en esta etapa americana de persecución al pensamiento doquiera emerge la figura siniestra del dictador. Después de esta administración de indiscutibles generosidades, quien haya de pilotear los futuros destinos de Guatemala, como fruto del pronunciamiento popular, habrá de tener en cuenta que un capital tan grande, acumulado a lo largo de nobles esfuerzos infatigables, no podrá defraudarse por el capricho de un pícaro cualquiera. Millones de hombres en el mundo están pendientes de los próximos comicios de este pequeño país desmesuradamente famoso. Guatemala tiene la palabra.

Centroamérica, mayo de 1950.

Yo no ronco

Por *George Bernard SHAW*

(En *El Nacional* de Caracas. Mayo 23 de 1950.

Al escuchar en la radio a los oráculos del "Brains Trust", nada me deja más estupefacto que la ignorancia de personas tan cultas, por cosas que en mi juventud eran conocidas por todo el que sabía leer y escribir.

Hace algunas semanas la B.B.C. recibió una carta solicitando consejos para no roncar. Cuatro damas escogidas, algunas de ellas madres de familia, fueron encargadas de contestar. Ninguna de ellas pudo hacerlo. Sin embargo, 80 años atrás, mi padre podría haber respondido a la pregunta, como asimismo cualquiera de sus contemporáneos que hubiese tenido ocasión de leer una obra de George Catlin publicada en 1861. Entre varias cosas absurdas, las demas aconsejaron que se construyesen paredes a prueba de ruido o que el hecho de roncar uno de los cónyuges fuese considerado tan grave como el adulterio, la crueldad o la deserción y motivo suficiente para exigir el divorcio.

El consejo que me dió mi padre era simplemente: no abrir la boca, respirar siempre por las narices. Obedecí y jamás he roncado.

En su libro intitulado *The Breath of Life*, Catlin dice que presenció una disputa entre un hombre blanco y un piel roja. Los hombres sacaron sus cuchillos y parecía que el asunto terminaría en matanza, pero hicieron las paces. Entonces Catlin preguntó al indio por qué parecía tan seguro de la victoria. El indio contestó que podía matar a cualquier persona que tuviese la boca abierta. Y conversando más tarde, le explicó que las madres indias acostumbran apretar con pinzas los labios de los niños para impedirles respirar por la boca; sólo se las sacan cuando se han acostumbrado a respirar por las narices. Mi padre había leído el libro de Catlin.

Los oradores que respiran por la boca, no pueden hacer sus discursos sin tomar varios vasos de agua. Yo, más que cualquiera, he tenido ocasión de perorar sin descanso durante 90 minutos muy a menudo; sin embargo, jamás toco el jarro de agua.

George Catlin era un pintor de profesión. El estudio de las costumbres de los Pieles Rojas, a los cuales visitaba a menudo, era su "hobby". Pintaba retratos de tamaño natural e ilustraba libros sobre los indios, trabajo por el cual cobró bien merecida fama. Desgraciadamente Catlin ha sido olvidado porque sus libros no se imprimen ya. En cuanto a sus retratos y otras obras de pintor, están enterrados en un museo: el "Smithsonian Institute".

Aconsejo vivamente a los editores y locutores de radio que se especializan en rebuscar libros antiguos, que vuelvan a publicar las obras de Catlin. El lema de ese autor: "Cierre la boca y salve su vida", nos proporcionaría noches más tranquilas, casamientos más felices, niños más sanos, padres mejor educados, belleza, resolución de carácter, mayor eficacia y una vida de abundancia incalculable.

¿Quién será el primero en hablar o en hacer algo?

Algo más referente a mi poema "Estirpe"

(Párrafos finales de una carta al editor del *Rep. Amer.* México, D. F. julio 14 de 1950)

Ese poema, que es realmente un "exhumación", no refleja, es claro, orientación alguna del autor en materia social; y errarán mucho los que buscando en la esencia del mismo otra cosa que poesía —así sea mala— me endilguen el sambenito de que soy "un conservador". Una de las características del poeta, como tal, es la de reflejar estados de emoción, bien por el recuerdo de las cosas vividas que surgen espontáneamente en las horas del reposo o la melancolía desterrada, bien por el esfuerzo de llevarlas a un plan consciente que reponga el vacío de las horas inútiles.

Es realmente hermoso sentirse, en tal posición, como el hombre enteramente desasido de los criterios intelectuales. ¡Qué venganza contra el tiempo, las propias estrecheces, los partidarismos y la política de los zorros, es cantar! ¡Y con qué libertad de espíritu —infinita, poderosa, tranquila y algo triste si usted quiere, emprendí esa jornada de versos endecasílabos, muchos de ellos trabajados con la prisa del "reportero" que vuelve por los viejos caminos a los lugares donde alguna vez su corazón se estremeció de soledad inconsolable! Esa exhumación habría constituido, en realidad, un volumen entero —tal vez ilegible— si hubiese aprovechado incontables elementos de evocación que se presentaron como "voluntarios" al ojo de mi espíritu, solicitando su derecho a la expresión poética; pero, como formaban legión, deseché algunos fantasmas y les recomendé esperar, pues no había uniformes para todos. Queden, entonces, en esguince solamente los cuadros apenas diseñados de lo que pudo ser Estirpe, si un patio con geranios y rosas, lejos del ruido callejero, me hubiese alentado en la vejez acomodada de los poetas ingleses del pasado siglo, o en la bancaria y algo gris de Waldo Emerson.

No puedo revelarle a usted —aunque lo quisiera— de dónde me viene ese derecho a dar coces contra el aguijón, a pelear con el mundo, contra la destrucción de todos los estilos del arte y hasta el poder de sacrificar sentimientos de amistad con los que contribuyen a dejar al hombre de nuestra época al nivel de la llanura rusa; pero, en general, se trata de una evidencia absolutamente individual de que toda nuestra vida es un juego de luz y sombra y que no hay tiempo, ni campo, de poseer nada: la única posesión del hombre es su conocimiento de ese juego, que según los Maestros de la India constituye el de Dios: "Lila".

Poema inocente, pero lleno de melancólicas sornas —serán visibles para el lector atento — Estirpe no me llevó a las salas de George Sand, sino al zaquizamí de Balzac, en donde —toute proportion gardée— volví a encontrar la vieja llave herrumbrada de las evocaciones alucinantes. Pero, finalmente, es pretencioso justificar un poema que habrán de juzgar, mucho mejor que yo, los supervivientes de aquellos años hoy enteramente desteñidos.

He vuelto a ocuparle demasiado su atención, y por ello le pido sus perdones. Es posible que algún día reincida en este género de trabajos, ya que jamás cumplí compromisos de "entrega". Hago mía la frase de Picasso, —el gran pintor perdido—: "Yo no busco, encuentro!"

Rafael CARDONA.

PENELOPE

"...and Thou
beside me, chanting in the Wilderness..."
Omar Khayyam.

La lluvia, esa Penélope tranquila
que en su estameña teje todo el año
el verde cloro que el paisaje estila,
dejó la aguja y confinó su paño
por dos meses de azul que el cielo alquila.

Enfermo bajo líquenes acuarios,
el amarillo asoma y convalece;
y arriba de los troncos centenarios,
un bronce vegetal en tonos varios
se come el verde en paz, y resplandece.

Pliegan su quitasol de cuento de hadas
los hongos en la túmida arboleda;
el sol se bate con sus siete espadas,
y en los belfos del viento viaja y rueda
un mitin de hojas, póstumas y aladas.

Lo mismo que un lejano vocerío,
pasa arrastrando su convoy el río
entre los dos cantiles del barranco;
y sobre los bordados del torrente,
un salto de agua empina reluciente
su gorguera de azul y encaje blanco.

Por innúmeras bocas
vomitan agua y légamos las rocas;
en el talud del áspero basalto
que abre al caudal sus márgenes de buche,
chillan las oropéndolas en lo alto
girando en torno a su colgante estuche.

Un cielo de vidriera
limpiado a trapo con vellón de nube,
se echa de codos sobre la pradera
por donde el humo de "la quema" sube:
el aire huele a incineradas rosas,
a jazmines salvajes y a deseo,
y hay ráfagas de estiércol y de leche
bajo los higuerones del sesteo.

El litoral de saurios y lagunas
cede por fin al toque del invierno,
y abre en el éter gigantescas lunas
como un brocal al pozo de su infierno.

Escurre el agua en vómitos sonoros
por el talud y por la cresta; el cauce
enseña al fin sus cuarzos incoloros
y las quebradas muelas de su fauce,
y al pie de la colina o la montaña
soplan su cuerno los felices toros
o rumian, quietos, su algodón de caña.

La tierra está como recién parida
y con sus faldas de verdor deshechas;
y de la limpia vena de su herida
salen en tren nocturno las cosechas,
desde las sendas de pezuña hendida.

De la ciudad se miran los senderos
y las humildes cúpulas lejanas
de tu Provincia, nido de jilgueros
que en la alborada llena de luceros
se embriaga de rocío y de campanas.

El aire es niño y corre sin escuela
como un rapaz descalzo tras la musa,
y del jardín donde el gorrión encela,
se lleva los aromas en la blusa.

ESTIRPE

Por *Rafael CARDONA*

(En *Rep. Amer.*)

II

Patria Naturans

A la memoria del gran poeta Aquileo J. Echeverría, *honra de su pueblo.*

"Ton souvenir en moi luit comme un ostensoir!"—Baudelaire.

NIÑEZ

En el cristal obscuro
decía: "Mina Plüg—Relojería"...
Yo me empinaba hasta el festón del muro
y veía y oía.

El isócrono tiempo, de puntillas,
bailaba en las carátulas de cromos
como deben bailar aún los gnomos,
a media noche, sobre las vajillas.

Entre su colección de porcelanas,
tenía Mina Plüg un repertorio
de músicos, poetas, cortesanas
que bajo tilos de ramajes leves,
daban tríos de Mózart y livianas
músicas, entre cajas de abalorio,
a incitaciones de compases breves.

En las vitrinas
de Mina Plüg, quizás más semejantes
a urnas de las parroquias campesinas
—amén de gargantillas tenebrosas
de que colgaban dos o tres brillantes—
docenas de relojes para abuelo
sobre flecos de negro terciopelo,
parados en la Doce, o poco antes.
(Eran de aquellas máquinas inglesas
que usaron Whitman y Hugo:
relojes sobre flecos
que desfondaban todos los chalecos
y daban la hora exacta al tren verdugo).

Yo amaba las vitrinas
de Mina Plüg, desde mi tallo tierno
de los seis años; pero un día, un día
—que va conmigo en paralaje eterno
e inmultabilidad de alegoría—
descorrióse de pronto, como un cielo,
el rodado moaré de la cortina;
y entre sus ondas de plegado celo,
apareció insondable y sibilina
en su marco de sombra y terciopelo,
su frente limpia de hada y de madrina.

La percepción es en el niño un sueño,
y yo tomé de aparición la mía
en la luz inmortal de esa mañana,
ante su rostro lúcido y pequeño
que en fondo negro destacaba el día
como un juego de magia en porcelana.

Mina Plüg era linda y pequeñita,
con su nombre de péndulo, y los dedos
de mariposa y flor; de sus pistilos
—como de una rosada estalactita—
caían al tapiz, finos y ledos
las gotas de coral y los berilos.

Riéndose de mi azoro,
Mina Plüg alzó en alto un broche de oro
—ramo de esmalte a un cascabel uncido—,
y le puso a escoger a mi indecisa
perplejidad de cliente de ventana,
entre los trinos de su alegre risa
y los tintines del metal sin gana.

Mas un reloj de zócalo castaño
—que sacaba a pastar como un rebaño
a las Horas de peplos sin corpiño—
hirió de muerte mi éxtasis de niño:
como un telón cerróse la cortina,
y el vitral quedó negro y desolado
como un mundo embozado en la neblina.

✕

La noche aquélla
entró por la ventana, con la luna,
el insomnio de párpados morados
a sentarse en mi cuna;
su cohorte de huéspedes lisiados
dió un intruso tic tac toda la noche
sobre la mesa del reloj fantoche,
con ruidos de sigilo inesperados:
"Mi-na Plüg... Mi-na Plüg"; y en vano [el sueño
me ofreció su letárgico beleño
con sus ociosos dedos delicados.

✕

¿Quién pudo nunca detener una Hora,
como a la sombra de su viejo olivo
lo quiso el griego de la faz provecta
en el instante de su paso esquivo?
Sólo la hora del niño fué perfecta
y abrió sendas de luz a su mirada;
Mina Plüg se esfumó, se hizo leyenda,
y por las mismas Horas secuestrada,
más tarde ví de la cerrada tienda
la ventana sin luz, y dentro... nada.

OPERA MAGNA

¡Cuántos fuimos Tom Sawyer, en el tomo
de Historia Natural que nos abriste!
¡Cuántos, huyendo del volumen triste,
adivinamos el por qué y el cómo
que no revela la versión al plomo!

Ojos para mirar, sólo los míos:
yo preferí al afán de la estructura
de una raíz o un pétalo, tus ríos
en cuyas aguas de corriente oscura
viajaban, con los limos y las lianas,
la cátedra en desove de las ranas
y los misterios de la ciencia pura:

mi corazón no soportaba jaula
ni marco azul al Infinito en vela;
estigma de evasión, lego de escuela,
me empujaba tenaz fuera del aula,
sin rubor por el álgebra o la excusa:
¡cuántos hablan del beso de la Musa
sin sospechar lo que su amor revela!

Tú quisiste, Maestro,
sentarme en banca de primera fila
junto a tus bellos tizas de colores,
a que mirase, de eficiencia diestro,
algún esquema de geranio o lila;
mas yo tuve otras prisas y dolores
que deslumbraron siempre mi pupila:

de tu cuadrado pizarrón de luto
en que me urgía una raíz cuadrada,
mi corazón saltaba como el bruto
a un fin lejano de raíz dorada;

todo lo hizo el Señor, el mío, el tuyo:
el que puso a alumbrar bajo el helecho
las dos lámparas sordas del cocuyo
que yo me echaba, entre la blusa, al pecho;

el que dió a tu pensar reglas felices
y confortó tus manos enyesadas
en la quietud de aquellas tardes grises,
a repasos y lluvias consagradas;

un cielo así, con visos de llovizna
detrás del monte, que la nube tizna:
aquel mugido pastoral del trueno
que anunciaba los cántaros copiosos
y me evocaba el huertecillo ajeno
—tan celoso de frondas que no deja
apenas campo al vuelo de una abeja—
encabritaba mis olfatos briosos:

el mango verde, profesor de gula
que tierno aún, con argumentos sabios,
la deglución de su ácido estimula
por los ávidos ojos y los labios;

la amarilla guayaba del potrero
que se desprende al viento sabanero,
y viene a nuestras manos
casi siempre con dos o tres gusanos;

todo ello, en deshojado itinerario,
fué mi prueba final de seminario:
clases de reprobado en trece abriles
y con mención de honor entre las ramas
de los naranjos y cuajiniquiles
(árbol de sombra, cuya vaina opera
con cierre natural de cremallera).

A la hora de los cómputos te digo,
mi bienamado Fenelón de otrora,
que yo soy tu Telémaco y te sigo
por la senda del número y la espora:

que amé tus bancas de iniciales niñas,
el reguero infeliz de los tinteros,
el puño en la nariz para las riñas
y la persecución de tus porteros;

para mí todo libro fué de misa,
cuando el Pentecostés de tu campana
soltaba alegre el polen de su risa
en lengua universal, cada mañana.

Toma, pues, el laurel que ambos buscamos
y tú sembraste en tierra de locura:
hay un temblor de lágrima en sus ramos,
y como ofrenda de brahmín, es pura.

LA FERIA

Dejas, por fin, calzones de barbecho
y tu viejo cuchillo de hoja honrada,
y alzas un antepecho
de barrera cerrada
con madera de pinos importada,
sin olvidarte de afinar el pecho
con tu raspa de caña fermentada;

pones, en los tinglados de tu Feria,
los descotes, las plumas y las luces,
y entre una cohetería de arcabuces
le das divorcio a penas y miseria.

Por tus calles de ripio
largan los comités del municipio
su tropa de disfraces cabezudos;
sacas el alma del armario, y llevas
con el tesoro de tus ropas nuevas,
el del ahorro en tu pañuelo a nudos.

Los marciales soplones
baten su cobre a marcha de trombones
por calles y por plazas;
en mostradores, anchos de melazas
y de panes y roscas,
las manos son como millón de moscas
y las pechugas gordas como bazas.

Yo me enredé en tus tiras serpentinas
y me salté tus palos de barrera,
cuando en aquellas tardes decembrinas
toda la multitud era torera
a base de ron bravo y golosinas.

TIOVIVO

"Tournez, tournez, tournez cent fois, chevaux en bois!"

Verlaine.

Aún llevo en la pupila acongojada,
las de cristal de aquellos caballitos
locos de piano y cola levantada,
que fustigaban órganos y pitos
sobre un carril a cuerda y a caldera
(como Verlaine los viera
ha casi un siglo, desde su pradera).

Eran caballos de ojos indecibles
que reflejaban íntegro el paisaje
y el rojo de las lámparas, y el rojo
de la pareja campesina en viaje,
que se asía a la crin de pelo flojo.

Los caballos pasaban
resoplando su aliento de artificio,
ebrios de cuerda, música y clientela,
sudorosos de esmalte y sin espuela,
con un ímpetu fuera del oficio:
en tanto, convertida en letanía,
regalaba su acento de tristeza
la cantata de circo, aquella pieza
que si quisiera hacerlo, silbaría,
pues sé bien cómo acaba y cómo empieza.

Colgándose a las patas y las colas,
la menudez saltaba a la tarima
con la amenaza de algún palo encima,
a manos del temible tragabolas;
pero Gavroche no resistió a la rima
cuando rodaba el vals "Sobre las Olas".

Para las niñas de flotantes trajes
quedaban en reserva los carruajes:
eran como cestillas de regalo,
afelpados por dentro de cojines,
con tableros de ondas y delfines
y querubes con soplo de aire ralo.

✖

(El difuso horizonte era opalino
cuando la tarde, en el vinoso cielo
quemaba algún incendio mortecino
y me decía adiós con su pañuelo:
el niño se durmió en la cesta loca
mareado de vaivén y caramelo;
y por su abierta blusa de marino,
le caen hasta el pecho, como un vino,
las delicias de azúcar de la boca).

✖

Luego, toda la fiesta desmontada
y el abalorio arriado de repente:
queda, sobre la hierba magullada,
la ojera de serrín del circo ausente.

ENVIO

Gracias a ti, musaica y errabunda,
maestrilla sin salario, virgen loca
que no soportas silla ni coyunda,
aún conservo en la boca
tu poder inicial de silabario
y este sabor de néctar que me inunda
en la hora del remanso y del estuario.

Brille tu luna en su Creciente, Amada:
otros vendrán a arrodillarse luego
en tu templo de crátera colmada,
para iniciarse en el sagrado fuego
que me sella la boca conjurada;

otros vendrán, del lado de la aurora,
con la firma de Venus en la frente,
cuando el signo celeste dé la hora
y Oriente sea lo mismo que Occidente:

pronto este vaso
caerá en fragmentos, detendrá mi paso,
y dejará escapar de su redoma
la espira leve del feliz aroma
que sólo se abre al canto del ocaso;

y en la hora de mi "Ultima Salida",
mientras la muerte en cauteloso avance
sella los inventarios de mi vida
y consulta en la sombra su balance,
vendrás a repasar la tira impresa,
cómica o dramaturga de cada año,
y me dirás con aire de sorpresa
que ya no quedan pájaros hogaño;

pero tendré tu rosa y tu sonrisa
—harina en flor que mi despojo leuda—,
y de acuerdo los dos, los dos sin prisa,
concluiremos, después de la pesquisa,
que balances de amor no admiten deuda.

El poema de Cardona

En esta entrega concluye Estirpe, *el poema inédito de nuestro Rafael Cardona, residente en México, D. F.*

Nos proponemos sacarlo también en forma de librito, como el que en 1928 hicimos de El sentido trágico del Quijote, *otra producción muy apreciable de Cardona. (Una más de las inolvidables ediciones de* El Convivio*).*

Queremos decirles a los amigos y admiradores de Cardona que nos ayuden a sacar Estirpe *en la forma antedicha. Sería un modo de honrar al poeta que nos recuerda. Que nos ayuden con ₡ 3.00 cada uno y así editaríamos unos 100 ejemplares para el autor y otro tanto para distribuirlo entre quienes cooperen. Los espero, sé que no faltarán.*

Llame al teléfono 3754, y luego será atendido. Anhelamos recoger su nombre.

Recordando a CARMEN LYRA

(En *Rep. Amer.*)

Por mi viejo amigo César Godoy Urrutia me entero del fallecimiento de Carmen Lyra, la más original y simpática figura femenina del magisterio y de las letras centroamericanos. Con ella se va un jirón de historia cívica para Costa Rica, a la que, para honor mío, el destino quiso vincularme en mi función de peregrino intelectual como representante de la revista interamericana *Cuasimodo* que fundáramos en Panamá con ese otro gran ingenio malogrado, el escritor portorriqueño Nemesio Canales.

Con el vaho de melancolía con que en la vejez se reviven recuerdos bizarros de la juventud, evoco el cuadro y los personajes del episodio popular que tuvo por escenario a San José de Costa Rica y en el que me tocó actuar inopinadamente. Rememorar los hechos en que la exaltación cívica de un pueblo manso de corazón pero sin vocación de esclavo, lo echa un día a la calle a clamar contra los despóticos usurpadores del poder que lo humillaban, tal vez sea éste el mejor modo de ayudar a levantar un monumento de gratitud y simpatía en el alma de sus conterráneos, a aquellos que, velando por la honra de la patria, a pecho descubierto se enfrentaron desde la plaza pública con la bicéfala dictadura de los hermanos Tinoco.

Cúpole al magisterio, a los escolares y a la juventud la iniciativa de aquella santa rebelión. Y a Carmen Lyra el de haber sido la musa roja del movimiento. He aquí una evocación relámpago de los sucesos.

Después de haber dado mi primera (y última) conferencia sobre la Cultura argentina, epilogada con las anécdotas de Sarmiento, en el salón del Colegio Nacional de la arcádica ciudad de San José con la aquiescencia del ministro de instrucción pública (hombre de ciencia sin perfil político), fuí invitado por los maestros primarios para que les hablara sobre el magisterio argentino. El acto se llevó a efecto en el Edificio Metálico donde funcionaba una escuela modelo. Creo que no faltó un docente de la enseñanza primaria.

Por mucha que fuese la prudencia con que traté de exponer mis ideas, objetivando en lo posible el desarrolo del gremialismo docente en la Argentina, no pude dejar de destacar el espíritu sarmientinamente democrático que lo animó en la lucha.

La concurrencia, en su mayor parte femenina, que colmaba el salón, no tardó en ir mechando con preguntas intencionadas la plática del conferencista al punto de convertirla en un diálogo apasionante que insidía en la llaga patriótica del auditorio. Quise definir mi posición ante la asamblea. "Todos los pueblos indoamericanos —les dije— tenemos en el vecino un espejo donde mirarnos para vernos en nuestras deformidades y en nuestras perfecciones. No soy un político ni un nacionalista que ande en aventuras, sino un educador y un escritor en jira de estudioso de la geografía humana de esta patria grande que es América. Esto no me permite cerrar los ojos ante las desgracias nacionales como la que os aflige a vosotros y que tal vez está en vosotros reparar".

Pero no había neutralidad posible ante aquella asamblea enfebrecida de un ardor cívico largo tiempo contenido.

Culminó el acto con la actitud de una joven y distinguida educadora (sobrina del Obispo) quien con una soltura singular dijo que ella iba a completar el panorama abocetado por el orador, con algunas pinceladas realistas sobre el drama político de su patria. Y empezó a enjuiciar a la dictadura, apelando párrafo a párrafo al testimonio del auditorio con esta pregunta: —Digan ustedes si lo que afirmo es verdad o es mentira. —¡Es verdad!, remachaba al unísono la asamblea. A todo esto un representante del Ministro de Instrucción Pública presenciaba cohibido el espectáculo.



Carmen Lira

* *

Propuse entonces un plan de organización del magisterio, destinado a hacer de la escuela común instrumento redentor de la ignorancia de los pueblos tal cual lo previó Sarmiento, con lo cual creí poner punto final al acto. Pero no fué así. Al salir del local donde había un piquete policial vigilando, el magisterio formó silenciosamente una columna que al ponerse en marcha me llevó consigo.

Al llegar frente al Teatro Nacional, joya de la arquitectura, la policía montada se disponía visiblemente a intervenir. En tales circunstancias alguien colocó una silla y una mesa para que yo hablara. Lo hice por instinto de conservación, encareciéndoles a mis colegas amigos que se retirasen a sus casas si querían evitarme un hecho doloroso porque yo venía de un país donde las mujeres y los niños eran sagrados.

Este fué el prólogo del movimiento popular. La policía sable en mano desalojó los colegios y las escuelas y cometió otros desmanes.

Al día siguiente se produjo el incendio del diario oficialista. ¿Sanción del pueblo...?

El espectáculo tuvo su doble atractivo: a la columna de fuego que empenachó de densa humareda las calles de la diáfana ciudad, se sumó el de la intervención de grupos de muchachitas de las escuelas que se dedicaron a tajear las mangueras de los bomberos ante el aplauso de la muchedumbre al ver que éstas eran inutilizadas dejando que las llamas hicieran su obra purificadora.

Se propagaron desde ese momento los tumultos entre núcleos de ciudadanos calificados que se enfrentaban resueltamente con la policía montada cruzándose breves tiroteos entre sí.

Encontrábame de regreso en el hotel cuando algunos maestros llegaron para decirme que la policía apaleaba a Carmen Lyra por haber intentado defender de idéntico atropello a un grupo de niñas en el parque que lleva el nombre de Morazán, el libertador centroamericano. Me trasladé con premura al lugar del hecho y viendo que la policía continuaba actuando con violencia sin conseguir dispersar al público, invité a nuestra heroína a que tomásemos un coche y la trasladé al único lugar en que podría hallarse segura: el consulado de los Estados Unidos. Así lo hicimos; pero al llegar a éste una multitud entusiasta se encontraba ya delante de la agencia consular. Cambiadas las primeras palabras con el cónsul, fuimos interrumpidos por el tiroteo entre la policía y algunos jóvenes que nos habían acompañado. Una avalancha de mujeres trepó corriendo las escaleras del edificio en cuyo primer piso funcionaba el consulado. La presencia del cónsul en el balcón desde donde apostrofaba a la policía por haber disparado sus armas sobre el edificio, refrenó momentáneamente su actitud. Pero no tardó en circular la noticia de que Carmen Lyra había sido sentenciada a muerte tan pronto se le lograra echar el guante.

Por mi parte no quise abandonar el consulado sino cuando el jefe de policía acompañado por el cónsul argentino me dió su palabra de no proceder contra mi libertad.

Carmen Lyra con su modestísima humanidad, pequeñita y enjuta de carnes, con su rostro iluminado de virgencita azteca, pasó a ser desde ese momento el simbólico personaje de la libertad de su patria. Parecía mentira que un cuerpo tan menudo y frágil pudiera albergar un alma de mujer tan dulce como grande y heroica. La adorable maestra que había hecho del amor y la belleza su evangelio pedagógico para la niñez; la poetisa de la humilde gente que volcara en los *Relatos del tío Silvestre* una sutil filosofía henchida de humanidad y optimismo, estaba predestinada a ser también la encarnación del coraje cívico y del insobornable espíritu republicano del pueblo de Costa Rica.

Trunco aquí el desenlace de los acontecimientos, porque el objeto de estas líneas no es historiarlos hasta el final sino asociarlos a la excelsa costarricense que acaba de sumergirse en el seno de la eternidad.

Eliminado de la escena tras un breve carcelazo, después de haber presenciado el ametrallamiento del pueblo que más adelante sería vengado por la justicia inmanente con el trágico fin del principal actor, fuí obligado a abandonar el país en un tren especial. Me dirigí a Nicaragua donde publiqué un artículo sobre la semana roja en San José que benefició en armas y soldados a la causa de los revolucionarios. Luego pasé a la república de El Salvador continuando mi jira de conferencista, donde me llegó la invitación del presidente electo don Julio Acosta para retornar a Costa Rica en calidad de huésped nacional. Fué entonces cuando conocí a fondo a los eficientes obreros de la cultura costarricense, uno de los cuales, el maestro de los maestros don Joaquín García Monge, bien conocido y bien amado en todo el continente, desempeñaba la cartera de Instrucción Pública.

De las formas en que fuí honrado por el

gobierno y por el pueblo sólo deseo recordar la de habérseme vinculado a la elaboración de un avanzado Código de Instrucción Pública en carácter de secretario de la comisión reformadora presidida por el ministro García Monge. Los maestros honraron así en este maestro a los educadores argentinos que tenemos por luz monitora a Sarmiento. Y con el renacimiento de la política educativa, implícita en dicha reforma, restauróse el camino de los gobiernos constitucionales en aquel bello país cuya clase media había florecido en una pléyade de educacionistas del más elevado linaje espiritual, cual lo demuestra el hecho de que las dos figuras más representativas de su mentalidad sean la malograda poetisa Carmen Lyra y el patriarcal apóstol García Monge. Me inclino emocionado ante la tumba de la primera y le rindo mi tributo de simpatía al espíritu inmarcesible del segundo.

Julio R. BARCOS.

Buenos Aires, junio de 1949.

De nuestra vida

Para Rogelio Sotela

Al cumplirse el VII aniversario de su muerte.

(En *Rep. Amer.*)



Rogelio Sotela

* *

Son tántas colegialas que me piden datos sobre Rogelio Sotela. Ahí van algunos —bellas colegialas— hilvanados al correr de la pluma y salidos espontáneos del fondo del recuerdo. Ahí tenéis algunos para el estudio de un poeta del alma y corazón. De un poeta de verdad.

A. de S.

Soy la esposa de un hombre que le dió nombre y gloria a Costa Rica. Que puso muy alto el nombre de la Patria en naciones extranjeras; que allí donde él estuvo nuestro pabellón flameó orgulloso. Que consagró su vida al bien de la Nación, reformando leyes y creándolas (el único legislador sobre divorcios desde fines del siglo pasado). Tendieron sus leyes a proteger al desvalido: al hijo que con humanos derechos al calor de un padre no conoció el amparo de éste; a salvar de la ignominia a aquellos que sólo un nombre llevaban; a que los hogares en los que campea la discordia —como envenenado ejemplo para tiernos hijos— pudieran disolverse sin escándalo, dando así derecho a ambos cónyuges a reparar un error para el que no hay razón de consagrar la vida entera. Cauce de nuevas fuerzas fué su esfuerzo por depurar y pulir el idioma que de la Madre España heredamos y al que no es de justicia degenerar por negligencia de dicción, negligencia debida a la uniformidad de nuestros climas, que ni siquiera nos dan bríos para cultivar la tierra que la Naturaleza nos legó pródiga. ¡Somos un país agrícola!, y es Ley de Rogelio Sotela "La Ley de Arboles Frutales" —vigente— presentada al Congreso, Ley Nº 17 de 25 de junio de 1930, que, si hubiera regido desde entonces tendrían hoy todos en su patio un árbol produciendo; y los dueños de fincas rurales cuatro árboles por hectárea "de fruta de acuerdo con el clima y altura a juicio del propietario". Y Costa Rica tendría hoy fruta al alcance del pobre, porque hoy la fruta es un lujo, que sólo en la mesa del pudiente puede verse. Existe una Ley de Rogelio Sotela para árboles frutales, hay una tierra feraz, hay por razón de la Naturaleza y de esta Ley, elemento para que tengamos fruta.

Este Legislador, este Maestro de la Lengua, este Señor de la Cultura que esparció su palabra florida más allá de las fronteras, dando a conocer a nuestro pueblo, nuestra legislación, nuestra Nación diminuta y risueña pero grande en porvenir, nuestra Costa Rica como Grecia, pequeña en extensión, será grande como fué Grecia en su apogeo porque el porcentaje de sus hombres cultos va a la cabeza del mundo.

Este Maestro de Maestros, este Señor de la Cultura fué un niño de mirada clara y dulce sonreír de cielo; humilde y sumiso a su madre que fué pobre y viuda muy pronto, —una noble mujer que sólo el bien ha hecho en el mundo y a quien el Dolor ha golpeado por años muy largos— grande y querida amiga de mi madre. Desde entonces Rogelio y yo nos conocimos y fuimos de esas almas que describe Maeterlink amándose más allá de los tiempos; empezando a vivir nos conocimos, vinimos para nacer juntos en el mundo. Eramos del mismo barrio y era yo su Anabel Lee. Desde entonces nuestras almas se encontraron y a través de las etapas de la vida fuimos juntos. Yo vi sus primeros versos; yo recibí la gloria de su primer trofeo —cuando apenas la vida era para nosotros promesa en lontananza— y fué aquella noche cuando nuestras almas definitivamente se unieron en la tierra, y unidas siguieron desde entonces hasta el día doloroso en que asomando apenas el sol en el Oriente mis manos se enlazaban con sus manos frías y se helaron mis labios en su sien ya helada. Aquellas sienes de tibieza tierna en que la seda suave de su helénica guedeja de Cantor, refrescó tantas veces mi mejilla que con ternura inigualada a ella se juntó en gesto maternal cuando la Vida nos dió su alegría, o la adversidad nos dió algún dolor.

Una noche encantada, en víspera de dulce Navidad, el bello mes de diciembre nos regalaba una fecha —que fué nuestra, 22 de 1917 — en que nuestra sublime religión bendecía con lazo divino y terrenal la unión que ya se había realizado en planos cósmicos desde una eternidad. Y Cristo fué siempre nuestro lema.

Cristo embellecía la cabecera del lecho nuestro; Cristo iluminó nuestra senda para el caminar alegre, como para la undísona lucha con el mundo; para el sereno y meditativo estudio, en el que tanto cultivamos nuestras mentes y para el plácido descanso en que portadora de ensueño la Vía Láctea remota, nos hizo olvidar los afanes de la vida allá en un pequeño remanso, muy cerca de "Las Nubes", que le brindaba con frecuencia un descanso al trajinar cuotidiano. Bajo nuestro techo bendito sonaron siempre las risas de seis hijos. Jamás la discusión que surge a veces tras el cariño fraternal ni la estulta pelea de chiquillos que crecen se oyó bajo ese techo. Allí todo era bendición, allí fué el mundo todo amor; allí Cristo iluminó los corazones y bendijo la paz de nuestra casa hasta el día en que sobre dos manos cruzadas fulgió una cruz de plata. Pero siempre siguió Cristo bendiciendo la senda del dolor.

Ese niño de dulce mirar y sonreír de Cielo, fué ya hombre, el hermano generoso, el más tierno de los hijos, el padre más solícito, el esposo más amante. Alguien en frase condolida me decía: "Ha quedado usted sin el compañero que supo ser en torno suyo marido, amante, cantor, amigo y hermano". ¡Esto era para mí! Y yo quise además de hermana, camarada y amiga, ser siempre otra madre para él. En él amé al hombre, pero ante todo al poeta! ¡Amé en él al poeta y fuí su más devota admiradora! Y discurrió nuestra vida descubriendo en todo la belleza que en torno a todos Dios dispone. Porque además, como privilegio tuvimos, el recorrer las grandes ca-

pitales en perfecta comunión de almas: en las rutas del aire la nube nos dió su secreto, y como níveo mensaje, nos dieron su espuma las rutas del mar. Peregrinos del Ensueño por todos los caminos, siempre éramos felices cuando íbamos juntos: el Potomac de riberas florecidas, nos prestó sus aguas mansas; el Mississippi anchuroso, nos regaló sus tardes en que, el sol, como enorme frambuesa, iba lentamente desapareciendo en las aguas de zafir. Enfilados perales florecidos en la estación más dulce nos dieron su follaje desde el cuadrante de la ventana de un rápido de plata. Fábricas lejanas y humeantes, levantando como espejismos sus chimeneas y sus torres al otro lado de los campos... Cúpulas y mármoles; místicas Pirámides cargadas de silencio; canales de San Antonio de Texas; canales de Xochimilco en la laguna azteca; ríos majestuosos, lagos de ensueño, cumbres nevadas... y al final, el regresar feliz al techo amado donde amorosos corazones esperaban anhelosos.

El Arte nos sedujo, y nos transportamos con los lienzos de Pablo Veronés; divagamos con el Bósforo azulado en Laurence Alma Tadema; y muy jóvenes tal vez, nos sumergimos en Platón, en Emerson, Carlyle y Swedenborg. Jamás el prosaísmo clavó su herrumbre en nuestro mundo cotidiano, ya que en todo pusimos un toque de idealismo.

Era Silva su poeta predilecto y, así, en un poema dedicado a mí, termina: "Sé tú la hermana Elvira y yo José Asunción". Y es a José Asunción Silva a quien dedica su primer poema laureado. También Nervo y Valencia, Herrera Reissig y Carriego, Sor Juana y Medardo Angel.

Una de las bibliotecas más selectas fué la suya en que, joyas que talló el buril, sus trofeos lucen en oro. Labor de una vida seleccionar allí los más grandes autores, las más célebres obras, y entre tanto y tanto volumen, ¡quince libros salidos de su pluma! En ellos mis ojos se extasiaron al caminar de la escritura. Yo vi el alma de sus libros; yo vi crecer su espíritu. Entre todos los seudónimos que usó hubo uno —el más querido para mí— que me sugería siempre una gentil silueta, así como la suya... era "Eugenio de Triana", que llenaba las páginas en Revista *Athenea*. De ahí surgió más tarde un nombre para nuestra Radio Athenea, que a través de su antena, a la hora en que el Ave María alza su vuelo llevando con la luz de la primera estrella su mensaje de paz a los hogares de la tierra, la voz de Rogelio Sotela, vive todavía.

Amalia de SOTELA.

San José, Costa Rica.
Julio 13 de 1950.

Ocios mentales

Por *Víctor LORZ*
(En *Rep. Amer.*)*

Amo lo antiguo: lo que fué; lo que está muerto. Como Schiller, Bécquer, France y los románticos gusto de andar y meditar ntre las ruinas. No me sería posible vivir sin el pasado. Este se abre ante mi alma como un panorama infinito de luz y de sabiduría. Por grande que él sea, ¿qué valor tiene el presente si sólo es una pesadilla entre dos nadas, o un momento fugaz? El hombre anclado en el presente, sólo es un átomo en el espacio y un segundo en el tiempo. Pero, si ese hombre se proyecta sobre el pasado por el conocimiento y sobre el futuro por la ilusión, se convierte en el infinito de Pascal: es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Meter dentro de la cabeza por el conocimiento el infinito del espacio y del tiempo, he aquí una aventura mental que bien merece la vida de un hombre. ¿Se puede vivir sin el pasado, sin el conocimiento? Evidentemente, sí. De hecho, la mayoría de los hombres al vivir en el cuarto cerrado y oscuro de la ignorancia, carece de toda noción sobre el pretérito, creyendo que todo se hizo por la virtud de una varita mágica. Pero, ¿se puede vivir sin el futuro? ¿Se puede vivir sin soñar? Quizás no. El hombre puede vivir sin que le acucie el tormento de saber lo que ocurrió antes de él; pero no, lo que sucederá tras él. ¿Qué será de mí después de muerto? ¿Qué será de la humanidad de aquí a cien años? Sin estas preguntas no habría metafísica ni religiones. La concepción del *quiliasmo* o *milenio* no fué un atributo ni una invención de la edad media. Antes de la era vulgar, casi todas las religiones antiguas estaban impregnadas del espíritu del *milenio*. Eran religiones escatológicas. Por una excepción inexplicable, la religión hebrea no es una escatología. Aunque parezca inconcebible, ni una sola enseñanza dejó escrita Jehová para sus hijos sobre la inmortalidad de su alma o sobre su vida futura. Al inglés Swift, padre de *Gulliver*, le chocó este silencio de la Biblia sobre un negocio de tanta monta. Para él, Jehová era un desmemoriado que, tras de haber instruído a sus hijos, punto por punto, sobre tantas minucias, por ejemplo: cómo debían *evacuar* en el desierto (Deuteronomio, XXIII), se le olvidó lo principal. Y con escándalo de los espíritus débiles dejó escrito (y con todas sus letras) que Jehová "se preocupó más del trasero de sus hijos que de sus almas".

Sin la ayuda del paganismo, los cristianos hijos de los judíos y nietos de Jehová hubieran ignorado que tenían alma inmortal. Pero el pagano Platón se encargó de suplirles, para su colección, tan hermoso dogma. Este, no deja de halagar un poco el orgullo de los hombres, ya que éstos, más que en el pasado prefieren dilatarse en el futuro. Si la prueba de la imposibilidad de la vida futura pudiera encajarse firme en la testa de los hombres, puede afirmarse con Schopenhauer que éstos dejarían de frecuentar las iglesias y mandarían a paseo a sus dioses. Estoy de acuerdo con el filósofo. Siempre he pensado que la gente va a las iglesias para asegurarse un rincón caliente y confortable, siquiera de dos varas de ancho, a la derecha del Padre. Para nosotros que estamos curados de la *superstición del alma*, toda sensación cesa al cesar el órgano que la produce; todo efecto cesa con su causa; y al descomponerse el cerebro, cesa la conciencia. Todo aquel que ha estado en una mesa de operaciones sabe que, con unas gotas de cloroformo muere el alma inmortal. ¿Qué significa la desaparición de *la conciencia*, de la *sensibilidad*, del *movimiento* y de los *reflejos*, sino la muerte del alma? Esto en el terreno empírico. En el filosófico, igual. Si el principio cartesiano *cógito ergo sum*, es cierto, su contrario lógico también debe serlo. Pero dejemos a los teólogos, geógrafos del otro mundo, que inventen las almas para poblar con ellas las fabulosas regiones que han descubierto en la otra vida.

Jano tenía dos caras que le regaló Cronos: una para mirar adelante y otra para mirar atrás. Con la ayuda de un manual de geología para no extraviarme en mi camino, y con la cara de atrás de Jano, voy a zambullirme unos instantes en ese mundo oscuro del pasado, haciendo algunas acrobacias sobre la cuerda floja de tres infinitos: el del *tiempo*, el del *espacio* y el del *pensamiento*.

Pero ¿dónde empieza el pasado? ¿Por dónde pasa el meridiano cronológico que separa lo histórico de lo antehistórico? ¿Y lo prehistórico no es también historia? Sin duda. Más allá de la historia escrita han ocurrido hechos que superan en importancia a ese registro aburrido de reyes, batallas y fechas que son los manuales de la historia escrita. ¡Ah!, sí. Aguas arriba del río de la vida, y antes de toda vida, nuestro planeta tiene una historia de un pasado inifinito, extendido a lo largo de un número de siglos que se expresa en cifras aterradoras. En esos lapsos de tiempo han ocurrido cosas de importancia inconmensurable. De lo que ocurrió en esas épocas casi míticas, estamos viviendo ahora. La era histórica alcanza, a lo sumo, unos cinco mil años de los siete mil, más o menos, que tiene nuestro globo, según la cosmogonía bíblica, que, como se sabe, es una cosmogonía para párvulos o para *la fe del carbonero*. Pero nosotros, hijos de un siglo sabio, tenemos obligación de hablar para hombres que hayan alcanzado la estatura mental media de un hombre de su siglo. O para hombres que viven la actualidad de una idea en un tiempo dado, no siendo ese *vivir de una idea* sino el reflejo en su conciencia de la vida que pasa y en el momento en que pasa.

Más arriba del ciclo histórico está el prehistórico que es también historia cuyos libros son los museos. Pasados los días fabulosos en que nuestra bolita era todavía una porción de la masa solar que se desprendía de la Vía Láctea, (matriz probable y posible de incontables orbes) todas las bases de la futura civilización estaban echadas, y todas ciencias habían quedado fundadas y escalonadas a lo largo de lapsos de tiempo que no son sino capítulos de la *Historia del Ser*. Según esto, lo que llamamos *historia* no sería sino la *niña de las ciencias*. En la era histórica el hombre escribe. Esto supone que ya sabe hablar, y presume una era anterior en que se inventara la palabra. Fué la era de la *filología* y de la *mitología*. Porque el hombre, antes que el *graphos* tuvo que crear el *logos*. A esta época corresponde lógicamente la creación de las *lenguas* y de las *mitologías*.

Gracias a las lenguas hemos podido perfeccionar la estructura expresiva del pensamiento, hasta llegar a los matices de expresión más abstractos y metafísicos. Los documentos de la época están, como hemos dicho, en esas bibliotecas del pasado que son los museos. Esos documentos sin escritura tienen más certidumbre que la historia escrita. Porque si ésta se hace a base de datos que el escritor interpreta *subjetivamente* según la *pasión* o *pathos* que lo mueve, la *no escrita* no puede ser sino *objetiva* porque los *objetos* y los *fósiles* carecen de pasiones.

A la luz de los museos interpretamos la vida prehistórica. La imaginación del hombre primitivo debió interpretarlo todo por el *deus ex máchina* que lo movía todo con sus dedos invisibles, sin alternativas posibles para la iniciativa libre del individuo. Nada tiene esto de extraño si se piensa que en una época de tanta cultura filosófica como la de Grecia, era desco-

nocida la libertad interior para cambiar un destino adverso, siendo el *fatum* el que con un determinismo inexorable, especie de *ley de bronce*, gobernaba los actos de los hombres.

Si la transmisión por escrito de los hechos un poco antiguos es de una imperfección extrema, en cambio esa transmisión hecha por el conducto de las *lenguas*, de los *mitos* y de los *fósiles* puede conservarse pura por los siglos de los siglos. A esta edad casi mítica pertenecen las migraciones de los *arios* desde los valles altos del Himalaya y del Karakorun o Pamir en el actual Uzbequistán soviético, hacia el occidente y el sur. Al lado de estas dispersiones de pueblos, cuyo valor se mide por el hecho de que llevaban en potencia o en su matriz toda la historia de la humanidad futura, ¿qué vale la pobre *diáspora* de los judíos en los tiempos de Tito? Y por un fenómeno lingüístico natural, las variaciones del sánscrito según las diversidades del medio en que establecieron su nuevo *habitat* los grupos migratorios, demuestran *a posteriori* esas migraciones. Con esta fase de la *Historia del Ser* en que se crearon las ciencias filológicas y mitológicas, coincide la creación de las religiones. Todas, desde luego, a base de *heliosismo*. Esto nos trae a las mientes los finos análisis con los que, en un libro clásico y famoso, fundamenta Müller su teoría sobre los orígenes religiosos. ¿Qué es la historia de las religiones? La historia de los mitos. ¿Y qué es la historia de los mitos? Sencillamente la historia de la evolución de las lenguas. En otros términos: la mitología es una *enfermedad* o una *corrupción* de la lingüística. Nada más cierto. Primitivamente, todas las palabras tenían un significado material y concreto. Eran onomatopeyas que traducían musicalmente las impresiones de los sentidos. No había *ideas abstractas*. El cerebro rudo y simple del troglodita carecía de complicaciones. Los entrecruces de sus lóbulos cerebrales no podían captar todavía, ni transmitir, por lo tanto, situaciones metafísicas. Y por lo mismo, en su pobre lengua tampoco había vocablos para expresarlas. El día y la noche; el calor y el frío; la virtud y la maldad, eran *seres concretos, activos*, de carne y hueso. Desde luego, superiores a él mismo, ya que producían efectos superiores a sus propias fuerzas.

Pero el tiempo corría y el tiempo no corre en vano. Y las palabras al *rodar* con los aluviones migratorios, perdían su sentido prístino, o digamos *envejecían*. También las piedras al rodar montaña abajo con los torrentes, pierden sus aristas y se redondean convirtiéndose en cantos rodados. Así las palabras al rodar por pueblos y siglos perdían o ganaban letras, y con ellas su original sentido y se convertían en... *nombres propios*. Un ejemplo: *alma*. Esta palabra se deriva de la latina *ánima*; y ésta de la griega *ánemos* que significa *viento*; y ésta del sánscrito *ana* (respirar) y *animi* (yo respiro). Idea dominante en las etimologías latina, griega y sánscrita: *aire, soplo, aliento*, como símbolos de la actividad vital. La filosofía griega tiene una palabra sinónima de *ánemos*: *pneuma*: soplo, pero de significación más elevada: *sustancia incorpórea*. También el latín tiene otro vocablo congénere de *ánima*: *spiritus*, de *inspirare*: *soplar*. También *spiritus*, como su congénere griego *pneuma*, llegó a expresar la idea de *sustancia inmaterial*. Resumen: desde el sentido primitivo de *soplo*, pasando por el intermedio de *sustancia incorpórea*, se llegó al sentido moderno de *alma*. Con esta palabra se inició la evolución hacia la concepción dualista del hombre. *Hombre=alma+cuerpo*. Con la siguiente contraposición: alma contra cuerpo. Cuerpo enemigo de alma. No hay duda de que esta concepción es de factura teológica. Los teólogos tenían necesidad del entretelón del *alma*, como de los entretelones del *pecado* y del *demonio* para llegar a una vida ociosa y regalada.

¿Otro ejemplo? El sánscrito *devas* o sol. Los pueblos indo-europeos al coger a *devas* lo fueron convirtiendo en Devas, Zeus, Deus, Divus, Dieu, Dío, Deu, Dios. Un dios asiático, casi mongol, hoy casi soviético, fué elevado al Dios de la civilización occidental. Diré de paso que, el Dios de Europa, o viejo Devas mongol, no es sino el genitivo griego de Zeus, que a su vez es el equivalente o *ersatz* del Júpiter latino. Como se ve el Dios europeo y cristiano ha corrido muchas aventuras. Doy este aviso a los occidentales que hacen tantos aspavientos a propósito de las *ideologías exóticas*. El Dios que adoran es de origen asiático y pagano. Lo mismo que ellos son *indo-europeos*, o *indios devenidos*. Entonces ¿por qué tanto odio al paganismo y al asiatismo, ya que del gentilismo y de Asia lo han recibido todo? De estas acrobacias, saquemos en limpio que nuestro Dios nació en el Uzbequistán soviético, que es chino y mongol mitad y mitad. Y que, si de la civilización indo-europea, capitalista y pseudocristiana suprimimos a *Devas* el chino, y a *Jehová* el judío, es decir lo *exótico*, de esa orgullosa civilización no quedarán sino las tapas. Y griten ahora los gansos de ambos Capitolios, el capitalista y el cristiano para execrar otra ideología que por cierto no es exótica sino europea, centroeuropea y si lo preferís alemana. Y que sigan cogiendo a la *verdad*, a la *lógica* y a la *justicia* en perpetuos renuncios... Un breve descanso y sigamos.

Estábamos en uno de los grandes períodos de la historia no escrita; período de grandes hechos que habían de influír poderosamente en los tiempos futuros: dispersiones en masa, parentesco o filiación de razas, diversificación de lagunas, creación de mitos y de religiones, y desarrollos paralelos de la conciencia... Como se ve, no es pequeña la aportación que a la *Historia del Ser* hizo la prehistoria colocada encima de la historia y debajo de la geología. Pero nos hemos propuesto hacer algunos equilibrios en la cuerda floja del pasado, y tenemos que subir más arriba. Y penetrar en los dominios casi fabulosos de la paleontología y de la geología. Con lo cual nos vamos sumergiendo cada vez más en ese abismo oscuro pero fascinante de Cronos, en donde cada millón de años de la *Historia del Ser* cabe hol-

Naturaleza, siempre novia

(En *Rep. Amer.*)

Nuevamente nos hemos encontrado en el parque con el admirado poeta de la ciudad. El poeta —lo hemos dicho en anterior página— ha envejecido. Y el poeta, naturalmente, no puede acercarse ya a las doncellas. Pero hay una doncella a la cual le es permitido cortejar. El poeta la ama, la visita, le dice palabras bellas y tiernas. Esa doncella es la Naturaleza.

Sí; la Naturaleza es una doncella, siempre novia. Ella es joven, fresca, lozana. Ella no tiene arrugas, ni nubes en los ojos, ni escarcha en el cabello, ni acíbar en los labios. Y ella es una doncella casta. Como conviene al poeta envejecido. En ella, como en el poeta, el amor se sublimiza y se vuelve música. Música callada y apacible. Música de luz, de colores, de discretos ardores celestes.

En contacto con ella el poeta renueva su ilusión de amor. La única ilusión que le es permitida, dados sus delicadeza y su decoro. Y éste es un amor que no muere, que no ha de faltar. Se renueva sin cesar con los giros del sol. Amanece en cada aurora. Florece en cada florecilla silvestre de los campos.

Siente el poeta en lo hondo de su ser el contraste entre la vida del hombre y la de la Naturaleza. La vida del hombre es breve. Envejece el hombre en poco tiempo. La Naturaleza no envejece. Y cuando el poeta, cansado ya, penetra en la Naturaleza siente la sedancia de este candor, de esta frescura, de esta lozanía de la Naturaleza. El poeta se siente consolado y alegre al ponerse en contacto con la juventud inmarcesible de la Naturaleza. De la Naturaleza fluye salud, fuerza y alegría. Y la salud, la fuerza y la alegría son dones de la juventud.

Sí; la Naturaleza rejuvenece. En ella está la fuente de la juventud. Aquella fuente que buscaba el legendario conquistador español. Y la Naturaleza es la tierna conquistadora de todos. Ella es la novia galante, amorosa, magnánima, que tiende sus brazos a todos los hombres que la quieren. Y en ese abrazo no hay desgaste, ni cansancio, ni hastío.

¡Con qué placer posa el poeta su encanecida cabeza sobre el seno de esta inmortal doncella! ¡Qué gusto le da palpar las verdes hojas, las ramas flexibles, las olorosas florecillas de las praderas! ¡Con qué cariño abraza los troncos de los árboles!

Muchos hombres no se han enterado todavía de que cuando ya no se puede amar a las mujeres, hay todavía un amor que gustar. Hay este amor de la Naturaleza, que es mujer también. Que tiene el candor, la ternura y la piedad de las doncellas hermosas y buenas. Muchos hombres que se llenan de desesperanza porque ya no pueden amar no saben que hay este amor reservado para ellos. Este amor que es tierno y ardoroso —como el otro— porque tiene la complicidad de nuestro cielo luminoso y ardiente.

La Naturaleza, que es novia, hermana y madre de los hombres y que ofrece sus amores a los hombres que la buscan parece decirnos lo que nos dijo Jesús: "Venid a mí todos los que estéis cansados y trabajados que Yo os haré descansar".

Y al llegar a este punto el dilecto poeta dice, con voz conmovida y apasionada, estos versos de Alfonso de Lamartine:

Tes jours, sombre et courts comme des jours d'automne,
Déclinent comme l'ombre au penchant des coteaux.
L'amitié te trahit, la pitié t'abandonne,
Et, seule, tu descends la sentier de tombeaux.

Mais la nature est lá qui t'invite et qui t'aime;
Plonge-toi dans son sein qu'elle t'ouvre toujours:
Quand tout change pour toi, la nature est la meme,
Et le meme soleil se léve sur tes jours.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

gadamente en un capítulo de seis páginas.

Los resultados de aquellas ciencias no dejan de arrojar alguna luz sobre las aventuras que correría el infeliz pariente nuestro en aquellos días. Este pariente, cuyos orígenes sólo por las intuiciones de la ley de la evolución se adivinan, había quedado consolidado en la prehistoria, pero tenía ya hondas raíces en el cuaternario de la geología. Y quizá tendremos que colocarlo mucho más lejos de nosotros: en el terciario. Según los últimos descubrimientos de fósiles en el lago Victoria de Africa, el hombre tendría una antigüedad de cinco o seis millones de años. Eso es nada, porque el tiempo no cuenta en la eternidad del mundo. Tenemos a nuestra disposición tela bastante para cortar largo por millones de años, retrotrayendo la *Edad del Hombre* cuanto nos plazca. En la casi infinitud de las edades geológicas, podemos voltear hacia atrás la rueda de Cronos para clavarla tan lejos como queramos.

Más allá del panorama ya humano de la filología y de la mitología comparadas, mezcla de *anthropos* y de *zeos*, está el otro panorama apenas humano, entre el anthropos y el *zoos*, inmensamente mayor, pero también más oscuro que el prehistórico: el paleontológico. Inmensa amalgama de seres vivientes entre hombres, bestias, plantas y piedras. Esta serie de etapas de menos a más en la escala descendente se ha verificado por evolución, del modo más natural, tan natural como la evolución del zoospermo y del óvulo hasta el hombre perfecto. Un día llegará y la petrografía, la fitología, la zoología y la antropología serán ciencias históricas. Esto sucederá cuando descubierto y comprobado el proceso de lo inorgánico a lo orgánico, podamos establecer la filiación exacta de los fenómenos por medio de leyes.

Sigamos subiendo. Más allá de la etapa de vida de la Tierra, está su fase azoica, a contar desde nebulosa separada de su matriz solar por la fuerza centrífuga hasta su consolidación en planeta apto para la vida. Aunque obediente al sol por los tirones de la fuerza centrípeta, tiene ya su personalidad con su *principium individuationis* hecho y derecho. La historia de esta fase está a cargo del geólogo, único sabio que en este terreno tiene las llaves del templo y la palabra del oráculo. Con ayuda de física y de la química, él explica los levantamientos de las cordilleras, la apertura de los estrechos, el relieve de los continentes, la riqueza o pobreza de los subsuelos, petróleo, carbón, metales, etc., y con ello el destino futuro de pueblos que tuvieran la suerte o la desgracia de poseerlos. En esta época se incubaba la historia de los imperialismos: el económico y el político. Este, hijo de aquél y su servidor y su títere, porque el *estómago* es el motor de la historia y el padre del progreso; y por ende, creador de ideas e ideologías, ya que éstas no son sino el reflejo de las necesidades materiales. *Según se come, se piensa*. Pero esto huele a marxismo, y en estos felices días se corre el peligro de que la Inquisición le huela a uno estos olores modernos. Huyamos... Pero dejemos sentado antes, que el reinado de *Dólar Impérátor* saldría a su tiempo como un pollo de su huevo, de los estratos geológicos.

Sigamos desandando el camino de la *Historia del Ser*. Nuestra Madre Tierra era una nebulosa que, apenas salida de la matriz solar y una vez roto el cordón umbilical que la ligaba con su Madre Patria, salía a los caminos del infinito universo a buscar aventuras y correr su propia suerte. Su historia se escribe con muy pocas letras. Y esta vez, son los físicos, ayuda de las leyes naturales que son eternas, y con auxilio de la geometría del espacio y del cálculo infinitesimal, la escriben. ¿Seguimos subiendo?... Sería ya hacia el mundo de las moléculas. ¿Y más arriba? El mundo de los átomos, que no existen sino en el orden lógico. Y... ¡tente pluma! Porque nuestras acrobacias mentales tendrían que hacerse sobre la cuerda cada vez más delgada y más floja del Infinito, de lo Incógnito, de lo Incognoscible, de lo que sólo con palabras balbucientes podría apenas semi-expresarse. Atomos y Universo: lo infinitamente pequeño en lo infinitamente grande. Palabras harto cortas para ideas ¡ay! demasiado largas... ¿Qué es el Infinito? El Todo y la Nada. ¿A qué seguir? Dejémoslo a la ciencia del futuro. Porque la ciencia es el verdadero *Verbo Divino* que ha bajado a la tierra. Ella ocupará el lugar de las religiones y de los mitos que fueron una necesidad del hombre en su menor edad. ¡Qué hermoso evangelio podría escribirse sobre esos días! *"En el principio era la fábula. Flotaba una nebulosa* (la de Dios) *en la cabeza de los hombres. Ella les impedía ver la luz. No la luz bajada de lo alto, que no es luz, sino la que irradia de la cabeza y alumbra la conciencia*, etcétera.

Y cerremos ya estos ocios dejándolos en el punto y hora de los átomos. La historia del mundo se abrió con átomos y quizá por átomos se cierre también. Hemos empezado ya a jugar a destruírlos y nada nos asegura que sea imposible la antigua concepción de los gnósticos sobre la *apocatástasis* o *vuelta de las cosas a la nada*, si seguimos hurgando en ese *telar de los dioses* que fué el principio de los mundos. Porque, como los extremos se tocan, nada tendría de extraño que estuviéramos tocando a su fin. Nuestra curiosidad por conocer las aventuras del átomo, bien pudiera ser la de *Pandora* al abrir la *Caja* fatal. Si seguimos empeñados en abrir esa *Caja* para descubrir el secreto último de los dioses, o digamos de la materia, o digamos de la Vida, bien podría suceder que al reventar la *Caja*, su contenido nos ahogara a todos.

Y en último caso, y si la ley de la perfectibilidad es un hecho cierto, quizá estaremos en vísperas de un parto colosal en que nazca un mundo nuevo. Siendo la cantidad de materia y de fuerza eternamente iguales, nada impide que la Tierra haya tenido otros muchos avatares sin que se haya creado o destruído un solo átomo. Las combinaciones de éste son infinitas. ¿Se llegará un día a una combinación feliz, a un equilibrio perfecto de componentes que traiga la paz y la quietud al corazón de todos los hombres? La Naturaleza es un *ente de razón* que, aunque de manera ciega, se dirige a un gran fin: el desarrollo y perfeccionamiento de la conciencia. Lo que en fórmula sería: *un pensar más alto; un sentir más hondo; un obrar más bueno* y *un hablar más claro*.

San José, Costa Rica.
Julio 15 de 1950.

PUERTO RICO en su AMÉRICA

Puerto Rico y el llamado punto 4to.

(En *¡Adelante!* Guaynabo, Puerto Rico. Junio de 1950).



La gran maquinaria de guerra que creara el genio de Karl Von Clausewitz pereció bajo el impacto formidable del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial. Su teoría del arte de la guerra es, pues, cosa de la historia, cosa del pasado. Su sustituto como pensamiento rector militar es aquel que lo derrotó en el campo de batalla. Pero el envejecimiento de la teoría alcanza más lejos de las macizas columnas desechas del ejército alemán. En 1943, al escribir el prólogo para la edición del libro de Clausewitz de la *Modern Library*, el coronel Joseph I. Greene, del *Infantry Journal*, dijo: "Puedo decir que éstas, las dos más altas escuelas de nuestro Ejército (del Ejército yanqui: la Escuela de Mando y Estado Mayor y el Colegio de Guerra del Ejército) y sus equivalentes de otras naciones, son, en cierto sentido, una aplicación de las ideas y métodos expuestos por Karl Von Clausewitz..." La teoría clausewitzta al caducar ha hecho automáticamente envejecer militarmente a todo el mundo capitalista.

Pero, conjuntamente con una exposición sobre el arte de la guerra, Clausewitz planteó en su obra conceptos puros de filosofía de la historia y de función histórica de las cuales se han hecho deducciones que ciertamente no han caducado. Una de éstas que no han caducado es la observación de que "la guerra es política hecha por medios violentos".

Es esta observación, generalmente admitida como cierta y verdaderamente cierta, lo que ha de servirnos como punto de partida para enjuiciar el llamado Punto Cuarto de la "doctrina" imperialista y esclavizante del cabecilla yanqui Harry Truman. El llamado "punto cuarto" es la forma de la política de guerra del imperialismo con respecto a sus reservas tradicionales, los países coloniales y semicoloniales. El optimismo histórico que fácilmente podemos extraer de victorias antimperialistas tan notables como el poderío adquirido por la Unión Soviética, como la expulsión de los imperialistas de la inmensa China y la insurgencia de los países coloniales del Asia, no debe servirnos sino de estímulo a nuestra fe y como libro de experiencias y consultas, pero no debe, en cándida transformación, cegarnos ante los peligros que la política de Estados Unidos presenta para todo el campo antimperialista mundial, y también y sobre todo para la América Latina y muy particularmente para Puerto Rico. El llamado Punto Cuarto es una sentencia de esclavitud para todo el mundo colonial y semi-colonial y es una sentencia de muerte dictada en Washington contra nuestra patria.

Examinada la política seguida por Estados Unidos durante siglo y medio con respecto a la América Latina, política que, no importan sus fluctuaciones y los nombres distintos con que los imperialistas la hayan denominado —"espera paciente", "destino manifiesto", "gran garrote", "buena vecindad", "solidaridad hemisférica", "Punto Cuarto"— ha sido siempre una y la misma, no puede sino hacérsenos notable la importancia que Puerto Rico ha ganado para los planes esclavizadores de toda la América Latina que Estados Unidos se dispone a poner en práctica. Por mor de la invasión de 1898, por ser aquí irrestricta su conducta, por la espléndida situación geográfica, clima, civilización y confusión política de Puerto Rico, nuestra patria es un punto céntrico y lógico para que los sanguinarios incendiarios de guerra yanquis la conviertan en sede del "Punto Cuarto". Puerto Rico es una gigantesca base de operaciones de las fuerzas armadas del imperialismo yanqui, la más grande base de operaciones de todo el Atlántico Sur, tanto en sus playas americanas como africanas. Y es doblemente lógico que se le designe a nuestra tierra el papel de asiento para la política de esa base de operaciones: la de esclavizar todos los países bañados por el Caribe y el Sud-Atlántico.

Tampoco debe asumir carácter de jeroglífico el discernimiento de una política puertorriqueña y latinoamericana con respecto a los planes esclavizadores de los criminales incendiarios de guerra yanquis. Si, por razones bien conocidas y mil veces explicadas hemos sido secularmente reservas del imperialismo, corresponde ahora convertirnos sesuda y valientemente en fuerzas combatientes y unidas del antimperialismo. Aparentemente esta política es de relativa fácil comprensión en el campo de las generalizaciones históricas y, sobre todo, de la larga lengua. No se nos muestra tan fácil sin embargo en el campo de las específicas admisiones ideológicas y de las importantes realizaciones prácticas. La América Latina tiene un puesto de sin igual importancia en la gran tarea civilizadora de detener al imperialismo yanqui. Y en esa tarea latinoamericana corresponde a Puerto Rico un papel de vanguardia. La América Latina no demuestra acabar de comprender que la independencia de Puerto Rico, con todo lo que le significa, no se va a convertir en realidad con una política de palabras, que es la única política que la América Latina ha tenido con respecto a nosotros. Y los puertorriqueños hemos de despojarnos de toda esta increíble y apabullante fantasmagoría décimonónica entre cuya bruma conceptualista y relámpagos verbales la idea de patria se debate. El separatismo puertoriqueño tiene además por necesidad imperiosa, que rechazar, en política doméstica y en política internacional, la consigna de división del movimiento obrero que es una consigna de Washington, la consigna de preparación sicológica para la guerra que es consigna también del enemigo, y la idea infantil, que con sorpresa hemos constatado en distingüidos líderes del PIP, sobre la invencibilidad militar de Estados Unidos. Estos son requisitos indispensables a la unificación de nuestras fuerzas libertadoras y para asumir nuestro papel redentor como vanguardia antimperialista de la América Latina.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Los estudiantes
Sus tres deberes

Por *Luis SANTULLANO*

(En *El Nacional* de México, D. F. Marzo 22 de 1950.

...Creemos oportuno añadir algunas palabras que llamen la atención sobre esto que parece evidenciado en lo aquí dicho durante las últimas semanas, a saber: que el elemento estudiantil ha tenido y tiene una significación particular en la sociedad, ha participado y participa, con personalidad propia, en los sucesos y movimientos de ella, puede y debe influir de algún modo en la vida colectiva con su actividad y sus iniciativas.

Ahora bien, esa participación interesante de los escolares solamente alcanzará un sentido y una eficacia saludables, en beneficio propio y de la colectividad, si ellos consiguen realizar tres deberes principales, que diríanse, dos de ellos al menos, verdades de a puño, pues se dan por sí mismos, sin otro aparente esfuerzo. Esto, sin embargo, no es siempre así, como vamos a demostrar suscintamente.

En lugar primero y destacado los estudiantes son, por razón de edad, jóvenes. Envidiable condición para los que lo hemos sido hace largos años. Pero no bastan esos años, en la brevedad numérica, para serlo. No es tan fácil como suele creerse ser joven, aun hallándose en la edad propia y propicia. No es joven, verdadero joven, aunque no haya pasado de los veinte, de los veinticinco, de los treinta, quien no posea estas cualidades esenciales a la juventud: entusiasmo, generosidad, energía, amplia curiosidad, alegría. De igual suerte que hay personas mayores de los cincuenta años, umbral donde se abre la puerta gris de la vejez, sensibles al optimismo y a la objetividad, esto es, capaces de juventud espiritual, se dan también jóvenes tocados de ancianidad que se producen algo valetudinariamente, Puede contribuir a ello, en algunos casos, la misma familia, excesiva en cariñosa protección, que mantiene al muchacho en inoportuna minoridad al atender demasiado a sus necesidades y caprichos, al cuidar sin sosiego de que no tropiece y caiga, por temor a que no sepa levantarse. En *Fortunata y Jacinta* —esa novela ma-

ravillosa y adoctrinadora— nos ofrece Galdós una estampa de ayer que aún tiene lamentable actualidad en no pocos hogares de hoy, allá, acá y en otras partes: "Don Baldomero no había podido sustraerse a esa preocupación tan española de que los padres trabajen para que los hijos descansen y gocen. Recreábase aquel buen señor en la ociosidad de su hijo como un artesano se recrea en su obra, y más la admira cuanto más doloridas o fatigadas se le quedan las manos con que la ha hecho". Hay padres y hay padrazos, y éstos, llevados de su abundancia cordial, acaban algunas veces por favorecer las disposiciones peores de los hijos.

Entre esas disposiciones, así ayudadas, hemos de señalar la inclinación de la juventud al llamado "señoritismo", distinto y hasta contrario del auténtico y noble señorío. Entre el señor y el señorito cabría establecer una diferencia análoga a la que hay entre el hombre libre y el esclavo avenido con su condición sometida; pero la explicación de esto, que no parece relacionable, no es tema de esta ocasión. Así limitémonos ahora a lamentar el enorme daño que la sociedad recibe del señoritismo, de que los señoritos, parásitos de la familia y de la colectividad, no peleen siempre —como quería Unamuno— en la vanguardia de las ideas jóvenes, no esclavizadas por la rutina. Señoritismo y vejez son términos concertados y amigos. Pero ¡cuidado!, ser conscientemente joven obliga a no embriagarse con esta pasajera condición de la edad: "Es fatal —advierte Spranger— entregarse a la propia juventud con tanta plenitud como si en la metamorfosis regular del hombre no hubiese otras etapas de la vida. Querer ser solamente joven es querer ser ciego". Prosigamos.

Los jóvenes estudiantes, dicen de acuerdo unánime Perogrullo y La Palisse que, además de ser jóvenes, deben ser... estudiantes. No lo son todos los que se hallan inscritos en los registros de la Universidad y de las Escuelas, ni tampoco los que, cumplida esta condición, frecuentan las clases; ello porque hay que distinguir, en un análisis algo exigente, entre alumnos y estudiantes. Para ser alumnos basta llenar ciertos requisitos administrativos y económicos, al alcance de los más. Para realizar la categoría de estudiante hay, además, que... estudiar. Ni son estudiantes, en las numerosas aulas, todos los que están, ni están allí siempre todos los que son. El alumno, el solo alumno, puede ser holgazán o puede ser "empollón", esto es, en el segundo caso, muchacho muy aplicado, extraordinariamente aplicado, pero con grandes y rígidas orejeras que le mantienen exclusivamente sobre los libros de texto, pensando sin descanso en los exámenes y en una calificación brillante en todas las materias, por igual. El estudiante, el buen estudiante, debe ser algo más que un memorizador rutinario, sin preferencias y sin cierta ancha curiosidad; puede mostrarse excelente en unas clases y algo desigual en otras, obediente a su vocación. Y al lado de las tareas escolares, sabrá cultivar desinteresadamente su espíritu y frecuentar las obras maestras del ingenio humano, sin daño para el cotidiano deber.

Hemos de terminar. El muchacho de nuestra predilección, joven y estudiante consciente y concienzudo, no ha de olvidar que vive en el mundo y en una sociedad determinada, a cuyo progreso habrá de contribuir cuando deje las aulas, bien armado para la vida. Ha de ser sanamente patriota y ha de ser ampliamente universal. Patriotismo y universalidad han de darse en su mente y en su corazón como términos armonizables, pues de otro modo caería en extremos igualmente reprobables: la patriotería estrecha y el internacionalismo exclusivo y frío. Ha de rechazar el localismo de campanario y saber que en la ancha tierra hay más, mucho más, y que la afirmación legítima de lo propio no ha de hacerse con bobo y fatuo recelo y desdén de lo ajeno, porque por encima de lo nuestro y de lo extraño está, ha de estar, lo humano que algún día, todavía remoto, habrá de unir a los pueblos sin allanamiento de las naturales y respetables fronteras físicas y sociales. "Aquel es de mi patria —escribía Juan de Valdés en el siglo XVI— cuyas virtudes y suficiencias me contentan, si bien sea nacido y criado en Polonia", esto es, muy lejos de mi lugar.

De profundis

Un momento de angustia infinita

(En *Rep. Amer.*)

Bajé lentamente las gradas de la escala y me detuve unos minutos al pie, frente al retrato de mi abuelo paterno. Traía el alma abrumada y sentía el cuerpo poseído de fiebre altísima. Desde allí miré a las gentes que esperaban el mensaje. Todos clavaron los ojos en mí, despachando una angustiosa interrogación. Las circunstancias me convertían en lo más importante que podían crear sus esperanzas. Desde mi sitio dominaba todas las caras ansiosas en donde se reflejaba el trajín abrumador de un sin fin de noches en vigilia y podía ver las huellas de la nicotina y del café que ingerían para espantar el sueño, esperando siempre la noticia... ¡la última noticia!... Me miraban, expectantes, agrandando los ojos y entreabriendo la boca por donde les salían las palpitaciones del corazón... pero sin preguntar. Había espanto; lo sabían todo... pero querían oírlo de mis labios. Era el temor de la desgracia que se quiere conocer, a pesar de su crueldad. Mis hermanos y amigos no se habían acomodado a la situación a pesar de conocer el diagnóstico del médico. Sabían que era absurdo esperar con esperanzas, porque el caso estaba perdido. ¡Y sin embargo...! Esperaban un milagro. ¿No les había dicho mi madre que para Dios no hay imposible? Si ella lo decía, ¡tenía que ser! Era una santa y podía oír las voces del cielo, cuando éste se dirige a los hombres de buena voluntad.

Pero mi madre oía con los ojos del amor y de la fe. Mi padre no tenía curación posible. Lo había invadido el cáncer desde los pulmones hasta la vejiga... Y mi padre lo sabía. Muy antes que nosotros y que el mismo médico, antes de caer en cama, cuando el dolor ya no lo dejaba respirar y el color amarillo se intensificaba en su rostro, muy feo y muy sospechoso. Pero guardaba su secreto y quería engañarnos. Nosotros guardábamos el nuestro y tratábamos de ocultárselo. El quería irse y descansar... nosotros tratábamos de retenerlo. El nos brindaba su eterna sonrisa, nosotros le regalábamos la mentira de una risotada abierta, con ínfulas de reconfortarlo. Pero él sólo deseaba irse en silencio. Queríamos cuidarlo entrañablemente aunque fuera metido siempre en su lecho de enfermo y calmábamos sus dolores con morfina, le dábamos medicinas constantemente y lo consolábamos en sus horas desesperantes leyéndole los libros que siempre gustó... pero él nos pedía silencio, soledad, mucha soledad... ¡mucho silencio...! No nos ayudaba a mantenerlo asido a aquel hilito de vida que le restaba. ¿Y por qué no decirlo claramente? A nuestro egoísmo. Así, egoísmo de quien no quiere perder lo que más ama. Nuestro amor no fué otra cosa que el tenerlo junto a nosotros sin pensar en sus padecimientos ni en su cuerpo exhausto y terminado para recuperarse; en su espíritu aniquilado para querer seguir viviendo una vida incapaz de brindarle un solo placer, ¡ni uno solo!, porque su cerebro funcionaba mal, captaba mal, y su corazón no tenía fuerzas para amar y se le estaban haciendo a cada segundo menos interesantes las cosas y los seres que lo rodeaban. Pero no queríamos saberlo, a pesar de que un rayito nos iluminaba el fondo de la conciencia y nos lo decía constantemente. Nuestro egoísmo no era otra cosa que amor filial y nos cegaba, nos hacía tercos y pretenciosos, poniéndonos a luchar contra lo imposible.

¡Pobre buen hombre!

Abora me doy cuenta cabal de lo que hicimos tratando de arrebatárselo a la muerte y dándole vida artificial!

Recuerdo cuando me dijo: "¿Para qué ese gota-gota?... Si supieras, hijo cómo me siento, no me martirizarías más...!"

¡Yo creía amorosamente en lo bien que le haría! Y como estaba totalmente indefenso, el gota-gota le trajo un mejoramiento repentino. Sus pupilas se avivaron y brillaron unos cuantos días más; recobró un poco de fuerzas, hubo elasticidad en sus músculos y pudimos verlo enderezarse por sí solo, tirando de la sábana que le habíamos atado a los pies de la cama, recogiéndola hacia él lo bastante para quedar sentado, mirarnos y decir:

—¿Bueno...? ¿Les place...? ¿Quieren mentiras...? ¡pues aquí las tienen...! Su cerebro comenzó en este punto a funcionar peor; no tenía ideas y sus pensamientos fueron irrazonables. Empezaron a visitarlo los fantasmas de los muertos que se agazapaban en todos los rincones del dormitorio. Tuvimos que bajar de la pared donde colgaba el cuadro de San Fran-

cisco de Asís abrazado a Cristo, colgante de la cruz. Mi padre veía en la cara del Santo, superpuesta, la de un vecino muerto pocos meses antes, y no podía ni quería comprender los gestos que le hacía, y que lo llenaban de temor. Otras veces sentía a horcajadas sobre su cuerpo a una chiquilla de pocos años, cubriéndolo de besos y caricias, mientras lo dominaba para saltar luego a desacomodarle los libros de los estantes. Y la describía diciendo que era de ojos azules, cabellos rizosos color de miel, mofletudilla y blanca como la leche con grandes chapas rosadas y... ¡encantadora, sumamente encantadora!

Así iba pasando los días, uno después de otro... hasta que uno de tantos, vió la imagen de su difunta madre. Había venido a consolarlo y estaba contenta de ser su guía en el viaje a lo desconocido. Papá no dijo nada de eso, pero desde ese instante su rostro se aureoló y parecía despedir rayos de luz.

Una mañana temprano pasé a despedirme de él antes de marchar al trabajo. Lo encontré mirando a través de los cristales de la ventana, hacia la iglesia que quedaba frente a nuestro hogar. Me acerqué y acaricié su cabeza.

—¿Sabes —me dijo— cuántas personas han entrado a oír misa...?

No pensé la respuesta. Mi cerebro estaba lleno de otros pensamientos y esperé. El mismo contestó:

—¡Sólo veinticinco...! ¡y todas eran viejecitas... como yo...!

Miré distraídamente a través de la ventana, y pensé en volver a engañarlo. Nada tenía que ver con sus observaciones la respuesta que le di. Fuí a darle un poquito de aliento que mi juventud tenía de sobra. Mi misión era de amor y caridad y sólo pude interrumpir sus pensamientos diciéndole:

—¡Qué bien lo encuentro hoy! ¡Tiene un colorcito prometedor...!

Pareció acomodarse al diálogo y me miró con un sonrisa jovial, respondiendo:

—Con estos colorcitos... ¡me vas a tener que enterrar!

Fué entonces cuando me di cuenta de lo absurdo y tonto de mi actitud. Evadí sus pensamientos refiriéndome a su salud, cuando debía haberlo seguido por el camino que deseaba, haberme interesado en sus obesrvaciones porque en ellas había meditación muy profunda; la meditación del espíritu que está por dejar el cuerpo que lo aprisiona y liberarse hasta que Dios disponga otra cosa.

Sus veinticinco viejecitas, ¿a qué iban a la iglesia? Los jóvenes no lo comprenden; creen tenerlo todo en el frescor de su sangre nueva y en la lucidez de sus pensamientos... ¡Pero las viejecitas! Tantos años han vivido y han aprendido tanto en su transcurso, que la oración y la comunión las hace sentirse más cerca de Dios; las atrae y les ofrece un consuelo y una esperanza cuando la vida se los niega todo, y se sienten fuertes para cuando les llegue la hora de descorrer el velo del más allá.

Esto lo sabía papá, y deseaba que le hablara mucho, ya que él no podía enderezarse en su lecho para ir a sumarse al grupo de las veinticinco viejecitas... y orar... por él... y por nosotros.

Ahora lo comprendo.

Al bajar la última grada y detenerme pocos minutos frente al retrato del abuelo cuyos ojos estaban clavados en los míos, pasó por mi mente el recuerdo de esto, con tenacidad, persistente... absorbiendo mis pensamientos con fuerza de succión y haciendo desaparecer el escenario que me circundaba con los personajes que allí esperaban de mis labios la última noticia; desgastada ya a fuerza de esperarla con espanto. La noticia fatal que decepcionaría todos los corazones y arrancaría de cuajo la esperanza alimentada con tanto egoísmo... ¡al que habíamos dado en llamar amor filial!

En mi mutismo la pudieron leer todos y guardaron unos instantes de silencio; el tiempo necesario para acomodar el golpe en el lugar al cual iba dirigido, y... ¡soltar el llanto!

(...)

Permanecí inmóvil. Cuando reaccioné dirigí mis ojos hacia los que antes me miraban llenos de ansiedad, y ahora escondían el rostro entre las manos, gimiendo ahogadamente como niños a quienes se les ha dicho que ya no se les ama.

Hasta entonces había sido fuerte yo, pero no pude contenerme cuando vi que hombres iguales a mí estaban llorando. Es imposible resistir al llanto de un hombre. Se llora también cuando se le mira. Algo nos domina y ese algo es la idea de verlo reducido a una simple pajilla sujeta al capricho del viento que se la lleva, la levanta, la deja caer y la pierde en cualquier rincón de la tierra. Es como si todo hubiera desaparecido en él, como si hubiese quedado sin sostén y sin gobierno, como bote suelto sobre las aguas del mar... perdido... completamente perdido!... ¡y yo también lloré!

Ric. JIMENEZ ALPIZAR.

Julio 29 de 1950.

Entre perfectos

(En *El Tiempo* de Bogotá. Marzo 18 de 1950).

Mi oficio me obliga a menudo a convivir largos períodos entre profesores e intelectuales. Existe la tendencia, cada vez más generalizada, a que aquéllos no sólo trabajen, sino que vivan como familia, en barrios ad-hoc. Es lo que se llama una "ciudad universitaria". Sobre ellas convendría releer o leer la descripción hecha por André Maurois en su novela *La machine a lire les pensées.* Tales agrupaciones resultan a la larga viveros de investigaciones, de sanos entretenimientos y de no poco tedio. Los hombres de un sólo oficio deben tratar de evitarse a ratos para que su mente se liberte de lo que, empezando en vocación, puede convertirse en manía. Por eso, por ejemplo, cuando yo profesaba en Columbia, de Nueva York, vivía en la calle 8, a 100 bloques de mi centro de trabajo. Creo difícil hallar grupo más homogéneo y selecto que el reunido por Federico de Onís, a quien tánto debo, pero, por lo mismo, me pareció sagaz alternar el trato de los sabios con los intonsos, de los magos con los profanos, de la biblioteca con calle libre.

Uno de los rasgos más perniciosos de toda constante asociación de intelectuales es el "perfectivismo". De tanto manejar ideas puras y textos inmortales, acaban por crear una humanidad a su... desemejanza. Es decir, a imagen de sus lecturas y semejanza de sus proyectos. El otro día, sin más, asistí a una representación muy mediocre de teatro. Mediocre, sí, por decir lo menos; en realidad menos que mala. Mas, cuando se padece sequía de teatro, toda comedia resulta grata, hasta las de Calvo Sotelo y todo intérpret feliz, hasta Carlos Lemus. Con esa vara de medir, tan relativa, me sentí confortado. Creo que hasta aplaudí el buen propósito de los actores y el hecho de que me hubieran hecho el regalo de una pieza de teatro, después de siglos de cinema. Pero, uno de mis colegas me salió al paso, muy en doctor: "Se fijó usted cómo movía la mano torpemente... Y esa voz de besugo... Y ese disfraz de baratillo... Y esa actriz de ropavejería..." Después supe que el crítico había visto sólo una o dos buenas compañías teatrales, hace la friolera de quince años.

Dictaba una conferencia un bastante serio y seguro expositor de ideas filosóficas. Otro colega: "Le falta originalidad... Repite mucho el verbo "hacer"... Para todo dice "cosa"... Apenas mueve la cabeza, parece una estatua..." Se anunció la visita de una eminencia mundial: "Pst... claro que no está mal, pero, si hubiese venido Z, verían lo que es bueno"...

Y lo peor, sí, lo peor es por no ser menos culto, los demás asentían y aumentaba el comentario depresivo. Tuve que salir en defensa de mi desconocido. "Pues a mí, dije, me parece que está bien. No es que crea que esa sea la última palabra, pero estimo que nadie dirá jamás la última palabra, y mucho menos los que nada hacen. Comentar no es muy difícil; subrayar los defectos es entretenido; hallar las virtudes y proclamarlas es mucho más difícil". Tengo la certeza de que caí muy mal. De seguro, cuando hube dado las espaldas, después de prodigar mil cortesías para hacerme perdonar el arrebato, tengo la certeza de que comentaron mis perfectos perfectivistas: "El pobre diablo se contenta porque no ha visto nada... Allá en su país seguramente nunca llegan conferenciantes, ni actores, ni músicos, ni pintores... Debe ser el purgatorio de la inteligencia".

Lo es, ciertamente, debo confesarlo, pero por otras razones. No porque carezcamos de términos de comparación, sino porque nos han privado de libertad. Lo cual no es razón para que empinándonos sobre nuestra esterilidad, pretendamos a fuerza de hiel alcanzar las cimas de quienes realizan lo que otros no son capaces de iniciar siquiera.

¡Ah, perfectivistas! Me hacen recordar a los intelectuales que no intervienen en los asuntos públicos, pero se reservan el derecho de hablar mal de todos. Lo malo es que cuando al fin les toca, están tan sin amparo de experiencia, que pierden el poder si se les confía, la autoridad si se les otorga, y el tiempo de los demás si se les pide el suyo... Por eso, siempre creo en la Vida, por encima de toda disciplina más catalogada, pero menos fecunda.

Luis Alberto SANCHEZ.

Puerto Rico, marzo.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

La Editorial SURAMERICANA, en Buenos Aires, se anuncia con estos libros muy interesantes:

Harold M. Peppard: *Visión sin anteojos.* Traducción de José Etkin.

Sistema nuevo de tratamiento para la vista.

Los ejercicios para los ojos tienen el propósito de crear reacciones mediante un entrenamiento consciente del control neuro-muscular de los ojos para que sigan vías normales.

León Mirlas: *O'Neill y el teatro contemporáneo.*

Un paciente estudio de la obra del gran dramaturgo norteamericano.

Peter Kihss: *Que haya pan.*

(En las series de la UNESCO).

Luchan por la paz al combatir el hambre en el mundo. ¡Todo un problema!

Jorge Mañach: *Examen del Quijotismo.*

Muy de acuerdo con el autor: Una filosofía del *Quijotismo*. En eso anduvo don Miguel de Unamuno. Nos hace mucha falta esa explicación. Mañach, muy hábil escritor, frente a don Quijote de la Mancha, en carne y hueso. Fecundo en proyecciones este asunto.

Anton P. Chejov: *Teatro completo.* Traducción de Galina Tomacheva y Mario Kaplin.

13 piezas en dramas, comedias, humoradas.

Es una fortuna que hayan pasado al castellano el teatro de Chejov, de tanto sentido. El verismo de Chejov, hay que interpretarlo con ternura. El drama oculto, el sueño oculto en los personajes de Chejov.

Lawrence Schoonover: *La espada bruñida.* Traducción de Miguel de Hernani.

Esta novela es como ventana abierta de par en par al Medioevo. Una vida turbulenta de los personajes en el fantástico Imperio de Trebisonda de los Comnenos, en el extremo oriente de la Cristiandad del siglo XV.

Salvador de Madariaga: *Don Juan y la Don-Juanía.*

Una breve pieza teatral en que don Salvador nos regala sus amenas observaciones sobre el carácter que Don Juan presenta en las diversas versiones llevadas al teatro.

Salvador Canals Frau: *Prehistoria de América.*

En 6 partes: Prehistoria general.—El poblamiento primitivo de América.—Los primeros pobladores.—La segunda corriente de población.—La tercera corriente de población.—Las altas culturas americanas.

Con numerosas ilustraciones y láminas. Muy bien presentado.

Lo que a la Prehistoria interesa es el Hombre mismo, o mejor dicho, los grupos y culturas humanos del pasado.

En 410 páginas lo estudia con cariño y habilidad. Esto declara en el Prólogo: "Siempre que podamos, hablará, pensará, "dirá" Arciniegas. Nosotros callaremos, para oírlo mejor".

A oírlo, pues, y en silencio.

Muy bien recomendado por Enrique Espinoza nos llega este libro:

Félix Schwartzmann: *El sentimiento de lo humano en América.* Ensayo de Antropología filosófica. Tomo I. Universidad de Chile. 1950. Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales. Facultad de Filosofía y Educación.

Señas del autor: Lord Cochrane 2264. Santiago de Chile.

Otro libro chileno que nos llega:

Pablo de Rokha: *Arenga sobre el Arte.* Editorial "Multitud". Santiago de Chile. 1949.

Confiesa el autor que entrega toda su obra al juicio del pueblo de Chile y a la conciencia popular de América, como expresión del mundo, por la paz y la libertad del hombre.

Vamos a leer esta obra nutrida: entusiasmo y estudio. A su modo, son épicas las dimensiones del autor. Volveremos, pues, con Pablo de Rokha y su *Arenga* a estas páginas.

Señalemos este honroso obsequio del Dr. Juan Mantovani, en Buenos Aires. No sabe cómo se lo agradecemos. El Dr. Mantovani es uno de los factores actuales de la Argentina en el campo de la educación:

Juan Mantovani: *Bachillerato y formación juvenil.* Editor: "El Ateneo". Buenos Aires. 2da. edición.

Juan Mantovani: *Ciencia y Conciencia de la Educación.* Problemas, esquemas y experiencias. Editor: "El Ateneo", Buenos Aires.

Juan Mantovani: *Educación y plenitud humana.* 3ra. edición. Editor: "El Ateneo". Buenos Aires.

Juan Mantovani: *La educación y sus tres problemas.* 2da. edición. Editor: "El Ateneo". Buenos Aires.

Juan Mantovani: *Epocas y Hombres de la Educación Argentina.* Editor: "El Ateneo". Buenos Aires.

Hay sostén y sustento en estas obras. Del aprecio en que las tendremos, serán testimonio las páginas que de ellas reproduzcamos en la sección *¿Qué hora es...?* de esta revista.

Señas del autor: Calle Lafinur 3121. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Otros títulos de importancia mayor:

Obras completas de Alejandro Korn. Presentadas por Francisco Romero. Editorial CLARIDAD, en Buenos Aires.

Un tomo empastado de 750 páginas, muy bien editado, con devoción filial.

Con una advertencia preliminar y un estudio de Francisco Romero sobre Korn. Romero es un continuador acreditadísimo de Korn.

Repitamos por el momento: Del Dr. Alejandro Korn dijo Pedro Henríquez Ureña que era maestro de la estirpe de Hostos y de Varona.

(El ejemplar que nos reanima lo debemos al desvelo y generosidad de amigo de J. Raggio, en Buenos Aires).

En las Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana. 1950:

Manuel Pedro González: *Fuentes para el estudio de José Martí.* Ensayo de bibliografía clasificada.

Es el tomo I de la Bibliografía Cubana.

Con qué acierto trabaja la Dirección de Cultura cubana, ejemplar.

El Prólogo es de Raimundo Lazo. Quien dice: "Este libro de Manuel Pedro González, es, en resumen, un valioso esfuerzo muy bien logrado por abrir paso a Martí en este confuso mundo nuestro hacia el futuro que apenas vislumbramos. En ambos, mucho tienen que hacer el espíritu martiano y sus perdurables creaciones".

Contiene un estudio muy oportuno de Ml. Pedro González: *Significación de José Martí.*

Los martiófilos de nuestra América (son ya tan numerosos!) quedamos en deuda con el profesor Manuel Pedro González y con estos dos martiófilos cubanos tan apreciados: Raúl Roa y Félix Lisazo.

También en las publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1950:

Federico Córdova: *Vida y Obras de Germán Arciniegas.*

Es el tomo I de la serie Contemporáneos.

Para el autor, el gran escritor colombiano Germán Arciniegas es un "cubano-colombiano". Su gloria es tan cubana como colombiana.